FIESTAS REALES DE TOROS.

CRÓNICA TAUROMÁQUICA

de las

CORRIDAS VERIFICADAS EN LA PLAZA DE MADRID LO DIAS 25, 26 Y 28 DE ENERO DEL PRESENTE AÑO

EN CELEBRIDAD DEL CASAMIENTO

DE

S. M. EL REY D. ALFONSO XII

CON S. A. R. LA SERENISIMA INFANTA

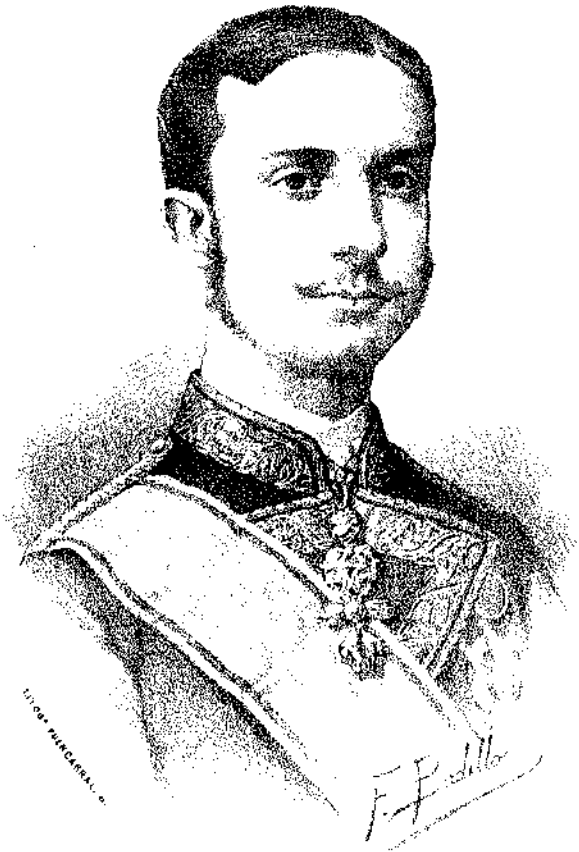
DOÑA MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON

por

JOSÉ SANTA COLOMA

MADRID
Imprenta de Anastasio Moreno, Pasa, 2.

1878



S.M. EL REY D. ALFONSO XII.

REGIO ENLACE

S.M. LA REINA Dª Mª DE LAS MERCEDES.

23 DE ENERO 1878.

Y mi distinguida y particular amiga Don Luis de Toledo Artacho, en prueba de sincera amistad.

El autor.

Es propiedad de su autor, que se reserva todos sus derechos y queda hecho el depósito que manda la ley de propiedad literaria en el ministerio de Fomento.

PRIMERA PARTE.

RESEÑA HISTÓRICA.

I.

La historia guarda un profundo silencio relativamente á los pormenores que acompañaron á las luchas de hombres con los toros en un crecido número de años. Esto, no obstante, la memoria que escribió D. Gaspar Melchor de Jovellanos sobre diversiones públicas en el año de 1790, é impresa en Madrid en 1812, dá por cierto que España, bajo la dominacion de los romanos, gozó de los juegos y brillantes espectáculos de aquella gran nacion: es decir, las luchas de hombres y fieras; las carreras de carros y caballos, hasta la venida de los bárbaros septentrionales, cuya inculta rusticidad no podia gustar de la magnifi-

cencia de aquellos espectáculos, ni conocia otra diversion que la caza.

Debieron permanecer en este estado los pueblos de la Península un largo período, pues que, durante la dominacion de los sarracenos, un estado habitual de hostilidades hacía que escasease la poblacion, la agricultura, la industria y el comercio. Los cuidados de la guerra ocupaban además exclusivamente la atencion de las gentes, y no daban lugar para pensar en diversiones y en festejos.

Hasta despues de la conquista de Toledo, no se conoció diversion alguna que mereciese el nombre de espectáculo público, ni fuese objeto de la legislacion ni de la policía.

A medida que fueron disfrutándose los beneficios de la paz, que se repoblaban las ciudades y se aumentaba por una consecuencia necesaria la cultura, el lujo y el trato con los extranjeros, se fué introduciendo progresivamente los usos y costumbres, los juegos y espectáculos de Oriente; de modo que asociando ya nuestros caballeros los objetos de su amor al de los placeres, y admitidas luego las damas á participar de sus diversiones, de aquí naturalmente la galantería caballeresca de la Edad-media, que, agregando á ella el valor, suavizó la fiereza y fijó el carácter de los caballeros no queriendo aparecer ninguno, á la vista de las damas, grosero ni cobarde. Carácter (añade Jovellanos) que inspiró desde entonces todas sus acciones; que se descubre principalmente en

todas sus fiestas de monte y sala, en sus torneos y justas, en sus juegos de caña y de sortija, y *hasta en las luchas de toros;* regularizando el ceremonial, la pompa y el entusiasmo.

Entre estos espectáculos, el principal, el mas grandioso y magnífico era el torneo. Lidiábase en campo abierto ó en liza y tela cerrada, con lanzas ó con espadas, y con variedad de armaduras y de formas á pié ó á caballo. El número era de más ó menos caballeros, segun las circunstancias; ya de quince á quince, ya de cincuenta á cincuenta, y áun de ciento á ciento.

La justa solia ser una parte del espectáculo, reducida al combate particular de hombre á hombre, y otro tanto se puede decir de los juegos de caña y sortija.

Con estas diversiones, en que brillaba con más ó menos pompa el espíritu de galantería, se celebraban (como hoy nuestras corridas de toros) las ocasiones más señaladas de regocijos públicos, como son coronaciones y casamientos de reyes, bautismos, juras y bodas de príncipes; conquistas, paces y alianzas, y áun las festividades eclesiásticas.

Si desentrañásemos cuál era el espíritu, la esencia ó el verdadero misterio en que consistia el embeleso de estas diversiones, resultaria que el incentivo de ellas estaba basado en los riesgos del combate y en la ostentacion que hacian de su valor los alentados paladines.

En suma, en los torneos, como en las fiestas de

toros, el orígen del placer estaba y está en las agitaciones del corazon, por el rápido contraste de las impresiones que recibe.

En el reinado de Alfonso VI, tambien se hace mencion de ellos como entretenimiento de la nobleza, y todos convienen en que el célebre caballero Ruy ó Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el *Cid Campeador*, fué el primero que alanceó los toros á caballo.

D. Nicolás Fernandez de Moratin corrobora estos datos con la descripcion que hace del bizarro campeon, cuando llegó á la puerta de la Vega de Madrid, pidiendo vénia para alancear un toro en las fiestas que celebraban los caballeros musulmanes.

Dice así el inspirado poeta:

FIESTA DE TOROS EN MADRID.

—

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso,
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar,
Por si le puede ablandar
El corazon de diamante.
Pasó vencido á sus ruegos
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos

Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.
  Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y en preseas,
La dicha de sus amores.
  Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas,
Las más apuestas doncellas
Que España entonces tenia,
  Aja de Getafe vino,
Y Zahara la de Alcorcon,
En cuyo obsequio muy fino,
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabon.
  Tarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita,
Llegó á asombrar á Madrid,
Su amante Andalla, adalid
Del castillo de Zorita.
  De Adamuz y la famosa
Meco, llegaron allí
Dos, cada cual más hermosa,
Y Fátima, la preciosa,
Hija de Alí el Alcadí.
  El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa
Y todo en torno resuena.
  La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.
  Añafiles y atabales,
Con militar armonía,

Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros más principales,
  No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros:
  Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia;
Y en la fiesta que gozó
La popular alegría
Muchas heridas costó.
  Salió un toro del toril,
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil;
Despues con Hamete cierra.
El temeron de Conil.
  Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz,
Hecho un lazo por airon
Sobre la enhiesta cerviz,
Clavado con un arpon.
  Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor
A la dama que servia;
Por eso perdió Almanzor
El potro que mas queria.
  El alcaide, muy zambrero,
De Guardalajara huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.
  Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.
  Más viendo se culparia,

Vá á ponérselo delante:
La fiera le acometia,
Y sin que el rejon le plante
Le mató una yegua pia.
Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado,
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.
Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pié que encontrára;
El circo desocupando,
Y emplazándose se para,
Con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir;
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega
Y está en medio el toro fijo,
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega,
Hincó la rodilla y dijo:
«Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano.
Para alancear un toro,
Un caballero cristiano.»
Mucho le pesó á Aliatar,
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar,
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.
Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero,
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja,
Por donde el almete sube:
Cual mirarse tal vez deja,
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.
Gorguera de anchos follajes,
De una cristiana primores,
Por los visos y celajes;
En el yelmo los plumajes,
Vergel de diversas flores.
En la cuja gruesa lanza
Con recamado pendon,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion,
O á lo menos de venganza.
En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera,
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
«*Nunca mi espada vencera.*»
Era el caballo galan,
El bruto mas generoso,
De más gallardo ademan:
Cabos negros y brioso,
Muy tostado y alazan;
Larga cola recojida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatatas,
Vista feroz y encendida.
Nunca en el ancho rodeo
Que dá Betis, con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Mas bella estampa de bruto

Ni mas hermoso paseo.
Dió la vuelta alrededor:
Los ojos que le veian
Lleva prendados de amor:
«Ala te salve, decian,
Éste el profeta favor.»
Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela ni se estima.
Las doncellas al pasar
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.
Mas cuando en medio se pára
Y de más cerca le mira
La cristiana esclava Aldára,
Con su señora se encara
Y así le dice y suspira:
—«Señora, sueños no son:
Así los cielos vencidos
De mi ruego y aficcion
Acerquen á mis oidos
Las campanas de Leon.»
Como ese doncel que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.»
Sin descubrirle quién es,
La Zaida, desde una almena,
Le habló una noche cortés
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena.
Y supo que fugitivo
De la córte de Fernando
El cristiano, apenas vivo,

Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.
Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca,
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.
Por eso le ha conocido,
Que en medio de aclamaciones
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.
La mora se puso en pié,
Y sus doncellas detrás;
El alcaide que lo vé,
Enfurecido además,
Muestra cuán celoso esté.
Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid;
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero;
Y algunos le llaman Cid.
Crece la algazára; y él,
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate cruel,
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.
El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y alrededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.
Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió;
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.
Brama la fiera burlada,
Segunda vez acomete

De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.
Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.
La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.
La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu más.
El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuánto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.
Mas ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso;
Jamás peñasco tremendo
Del Caúcaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo.
Ni llama, así, fulminante
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad;
Como el bruto se abalanza
En terrible lijereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.
La confusa vocería

Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundia.
A caballo como estaba
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba;
En su lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.
Y alzándose en los estribos
Le alarga á Zaida, diciendo:
—«Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;
Si nó os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.»
Ella, el rostro placentero,
Dijo, y turbada:—«Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.»—
Y besando el rico don
Para agradar al doncel,
Le prende con aficion
Al lado del corazon
Por brinquiño y por joyel.
Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se vé,
Y trémulo y amarillo
Sobre un tremecen rosillo
Lozaneándose fué.
Y en ronca voz:—«castellano,
Le dice: con más decoro
Suelo yo dar de mi mano,
Sino penachos de toros,
Las cabezas de cristiano.

Y si vinieres de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.»
«Así—dijo el de Vivar.
Respondo;—Y la lanza al ristre
Pone, y espera á Aliatar:
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron á armar.
Ya fiero bando con grito
Su muerte ó prision pedia,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.
Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo cómo tardó
Se acerca, oyó el alboroto,
Y al muro se abalanzó.
Y sino vieran salir
Por la puerta á su señor,
Y Zaida á le despedir
Iban la fuerza á embestir;
Tal era ya su furor.
El alcaide recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando;
Y por el parque florido,
Salió con él razonando.
Y es fama que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

Esta accion, hija del extraordinario valo
bizarria de aquel héroe, dió orígen á un nue

espectáculo, que con general aceptacion vino á sustituir al que se usaba en el siglo XI, que consistia en soltar un cerdo, y luego dos hombres con los ojos vendados y armados con un palo, los cuales iban dando vueltas hasta que uno tropezase con el cerdo, que entonces era suyo; y la mayor diversion era cuando los dos equivocadamente se apaleaban.

Si la nobleza y relevantes prendas de las personas que se dedican á tal ó cual diversion es suficiente motivo para reputarla por buena y tenerla en estima, la lucha de toros gozará la preeminencia por haber sido el más valiente caballero español el primero á quien se le vió lidiarlos.

Desde esta época, la nobleza se dedicó enteramente á esta clase de distraccion, que era privativa suya; y no habia ningun acontecimiento de utilidad y alegría pública que no se solemnizase con corridas de toros. Así es, que nuestras crónicas nos dicen que cuando Alfonso VII casó en Saldaña con Doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, en el año 1124, hubo entre otras diversiones la de correr toros, y esto mismo aconteció cuando el rey Don Alfonso VIII casó á su hija Doña Urraca con el rey Don García de Navarra.

En el reinado de Don Juan II llegó á su esplendor la galantería caballeresca, pues que se mezcló en toda clase de pasatiempos y dió nuevo y poderoso impulso á la diversion.

Tres fueron las causas que concurrieron á fo-

mentar con tanta rapidez el engrandecimiento de este espectáculo. La primera el espíritu de galantería, que como hemos dicho, se introdujo en él, haciendo que cada caballero comprometiera y dedicara á su dama los esfuerzos de su valor. La segunda fué la parte que en él tomaron los soberanos; pues no solo los autorizaban con su presencia, sino que alternaban con los nobles en las lides, y la última se debió sin duda á la emulacion que existia entre la nobleza castellana y los caballeros moros de Granada, ocasionada por el trato que, tanto en paz como en guerra, tenian entre sí y como fueron muy frecuentes entre estos las fiestas de toros, hasta el tiempo del Rey Chico, y hubo muchos y muy diestros, como Mafiquí-Alavez, Muza y Gazul, que hicieron célebres sus nombres, y habilidad en la plaza de Bibarrambla, en Granada; de aquí resulta que aquellos tratasen de imitarlos y hacerles ver que en nada cedian los caballeros castellanos á musulmanes españoles.

De todas maneras, resulta que este fué uno de los ejercicios de destreza y valor á que se dedicaron los nobles de la Edad-media.

La crónica del conde Buelna es un testimonio fiel de ello: hé aquí las palabras del cronista ensalzando el valor de este paladin, triunfante muchas veces en las justas de Castilla y Francia: y que tanto se distinguió en los juegos de Sevilla, celebrados para festejar el recibimiento de Enrique III, cuando llegó allí desde el cerco de Gijon:

«E algunos corrian toros, en los cuales non fué ninguno que tanto se esmerase con ellos, así á pié como á caballo esperándolos, poniéndose á gran peligro con ellos é faciendo golpes de espada tales que todos eran maravillados.»

En la época á que nos referimos, dice asimismo el cronista: «el disgusto con que la piadosa Isabel la Católica vió una de estas fiestas, al extremoque pensó en proscribirlas de sus dominios; pero los partidarios que tenia, que eran muchos, y principalmente entre los nobles, deseosos de conservar una diversion tan acomodada al espíritu del siglo, propusieron á la reina cubrir las astas de los toros con cuero para evitar las heridas penetrantes. Mas distraida de su propósito la reina, volvieron á gozar sin traba alguna de su favorita diversion.»

Viene en apoyo de esta opinion, la carta que desde Aragon escribió esta virtuosa reina en el año de 1493 á su confesor Fr. Hernando de Talavera, en que decia:

«De los toros, sentí lo que vos decís, aunque »no alcancé tanto; mas luego allí propuse con »toda determinacion de nunca verlos en toda mi »vida, ni ser en que se corran, y no digo defen»derlos (esto es, proscribirlos), porque esto no era »para mí á solas.»

Llegó, pues, á estenderse y autorizarse tanto esta diversion, que el emperador Cárlos V, á pesar de no haber nacido ni criádose en España, mató un toro de una sola lanzada en la plaza ma-

yor de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo Don Felipe.

En este mismo año, una señora de la antigua y noble casa de Guzman, casó con un caballero de Jerez, conocido por el *Toreador*.

El célebre conquistador del Perú D. Francisco Pizarro, fué muy diestro y valiente rejoneador.

El rey Don Sebastian de Portugal, fué tambien un hábil lidiador.

Todas estas noticias y otras curiosas, se hallan en el libro de ejercicios de la gineta, que escribió D. Gregorio Tapia y Salcedo en el año de 1643.

Felipe III, en 1619, renovó y corrijió la plaza de Madrid, lo que prueba que este monarca tenia en aprecio esta diversion.

Felipe IV, no solo fué su protector, sino que tambien rejoneó y alanceaba á caballo; y ya en su tiempo se iban reduciendo á una especie de arte sus reglas, como consta en las que imprimió en Madrid D. Gaspar Bonifax, del hábito de Santiago y caballerizo de S. M.

En el reinado de Cárlos II fué el último en que estas fiestas lucieron en todo su esplendor y nobleza; no pudiéndose mezclar en ellas el pueblo, pues hasta entonces gozaba de esta preeminencia la aristocracia. Así las verificaron los moros en Toledo, Córdoba y Sevilla; cuyas córtes fueron en su tiempo las mas cultas de Europa, y de las cuales tomaron los españoles el ceremonial de este espectáculo. Así es, que los caballeros, á imitacion de aquellos, ejecutaban todas las suer-

tes desde el caballo y solo se apeaban en el lance que llamaban *empeño de á pié*; por haber perdido el sombrero, guante ó algun otro de sus atavíos; ó bien porque el toro le hubiese herido ó alguno de los peones que para su defensa llevaba, no debiendo montar ni recoger lo perdido hasta haberle quitado la vida.

D. Gregorio Gallo, en este tiempo, caballerizo de S. M. y del órden de Santiago, fué el que inventó la *espinilla* para la defensa de la pierna del ginete, por lo que se llamó *gregoriana* y que nuestros picadores hoy usan con el nombre de *mona*.

A fines del siglo XVII rejoneaban con general aplauso en Zaragoza, delante de D. Juan de Austria, dos nobles caballeros llamados Pueyo y Suazo, celebrados por el poeta Tafalla. Tambien eran famosos en el luchadero el marqués de Mondejar, el conde de Tendilla y el duque de Medina Sidonia, el cual era tan diestro y valiente con los toros, que no recelaba de que el caballo fuese bien ó mal cinchado, pues decia que las verdaderas cinchas debian ser las piernas del ginete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos en las bodas de Cárlos II con Doña María de Borbon en el año 1673, y en las cuales rejonearon tambien entre una multitud de grandes, el de Camarasa y Rivadavia.

En 1726 D. Nicolás Rodrigo Novelli imprimió una cartilla de torear, que sirvió de pauta á los aficionados caballeros D. Gerónimo de Olaso, don Luis de la Peña, del hábito de Calatrava y caba-

llerizo mayor del duque de Medina Sidonia y don Bernardino Canal, hidalgo del Pinto, que fué muy celebrado y aplaudido cuando rejoneó delante del rey el año de 1725.

En el reinado de Felipe V perdió casi todo su esplendor caballeresco, por la aversion que mostró el monarca al espectáculo; perdiendo todo el carácter que habíale distinguido, si bien por otra parte recibia un impulso extraordinario hácia su perfeccion como arte.

En esta época se hizo extensiva la aficion al extremo de mandar construir el gobierno algunas plazas á propósito para el espectáculo, destinando sus productos para varios objetos de beneficencia.

El interés, por esta época, llamó á la *arena* una clase de hombres atrevidos, que con su aplicacion hicieron nuevos juguetes y cambiaron del todo la manera de torear, debiéndosele á ellos la perfeccion del toreo de á pié.

Todavía en el año de 1735 se mataron los toros á *desjarrete*, por la plebe, en la plaza de Madrid, y dos hombres bastante decentes se pusieron debajo del balcon del rey haciendo como que hablaban, y cuando venia el toro á *meterlos* la cabeza lo evitaban con un solo quiebro de cuerpo, lo que fué muy aplaudido de los espectadores.

Fuese adelantando cada vez mas en el toreo de á pié y se empezó á banderillear, poniendo solo un *gilete* de cada vez, que llamaban *harpon*.

Al poco tiempo se empezó á *parear*, aunque ya se conocia el poner parches á los toros.

En este tiempo empezó á sobresalir Francisco Romero, de Ronda, el cual perfeccionó mucho el toreo de á pié, y más adelante inventó la suerte de matar al toro cara á cara con el estoque y la muleta, no sin admiracion y aplauso general.

Se distinguieron en esta suerte infinidad de caballeros, de los cuales recordamos el abuelo materno del célebre D. Nicolás Fernandez de Moratin, que fué tan valeroso y diestro en la suerte de matar, que rara vez daba más que una estocada á los toros, que como aficionado sorteaba.

El grado de perfeccion del toreo hoy es bien conocido en España, y difícilmente se podrá amenguar su popularidad; y casi nos atrevemos á asegurar, que una de las causas que han influido á ello, ha sido la odiosidad que han mostrado algunos hácia él, y la prohibicion de Cárlos III, pues se exasperó de tal modo la aficion, que casi era epidémica; sofocando la voz de los opositores y haciendo renacer con toda su magnificencia este espectáculo, que no obstante la prohibicion, existia con algunas modificaciones.

El rey D. Fernando VII mostró una aficion decidida á esta fiesta, y estableció en la ciudad de Sevilla una Real escuela de tauromaquia, con dotacion bastante para atender á sus necesidades, en la que se enseñaba, tanto la teoría como la práctica del arte, por los más experimentados maestros.

Estos son, en compendio, los datos principales que nos ofrecen las fiestas de toros con respecto á su orígen, y ahora demostraremos la razon en que nos fundamos para su defensa.

II.

Para combatir el error en que están algunos de la más ó ménos utilidad que pueda reportar en nuestro suelo esta fiesta, empezaremos primero por bosquejar á grandes rasgos el atributo peculiar en el hombre para subyugar las fieras de los diferentes paises en que habita, cuya accion es indispensable para adelantar en la carrera de la civilizacion.

El ejercicio de torear, dice un historiador, es tan antiguo, que su orígen, envuelto con el de las acciones que para satisfacer las primeras necesidades verificó el hombre, se pierde en la oscuridad de los primeros tiempos. La luz que dá la historia es demasiado débil para desvanecer tan densas tinieblas y guiar nuestra razon; así es, que tenemos que abandonarnos á las conjeturas, y por medio del discurso elevarnos, si es posible, hasta el principio de la especie humana sobre la tierra.

El hombre, antes de haber cultivado su ingenio y de hacerlo fecundo hasta el extremo de verse árbitro por él de todo lo creado, vagaba confundido con el resto de los animales; muchos de ellos, superiores á él en los recursos físicos,

hacian la guerra á cara descubierta, y más de una vez lo atacaron y vencieron. Desde el momento en que experimentó sensaciones incómodas, intentó destruir sus causas, y de acuerdo con otro hombre se unió á él y echó el cimiento del edificio social. Con su valor ahuyentó las fieras que le disputaban audaces el dominio de los campos; y el leon, el tigre, la pantera y la hiena, evitaron medrosas su presencia. La misma solicitud y esmero que demuestra el hombre en favor de los animales, parece que le autorizan á inmolarlos á sus necesidades.

Por este tiempo hizo tambien las conquistas de los animales que le fueron más útiles y cuya dominacion le dá más gloria. Pero viniendo á fijarnos en el toro, diremos que fué uno de los primeros que sufrieron el yugo; por lo exquisito de su carne, la sabrosa y abundante leche de las hembras, la extension de su piel y la utilidad con que podia emplear sus fuerzas para diferentes objetos.

Su conquista indudablemente seria bien fácil en aquellos países en que por razon del clima y de la calidad de los pastos tiene un carácter lánguido y poco enérgico; pero en aquellos en que como en España, se crian toros bravos y de pujanza, no pudo verificarse sino á fuerza de constancia, ardides y peligros. Hé aquí en resúmen el verdadero orígen de la accion de torear.

Si nos admira el arrojo del árabe, que en sus abrasadores desiertos vence y somete al leon: si

no podemos oir sin extremecernos la caza del elefante, ó la pesca de la ballena y apreciamos y meditamos la superioridad del hombre por lo grande de estas acciones ¿se deberá vituperar la de someter al toro hasta el extremo de hacerle juguete y distraccion como á un corderillo?... Ciertamente que sería una ridícula contradiccion.

Con respecto á la idea del peligro es enteramente remota, pues la experiencia de tantos años ha hecho conocer al hombre las inclinaciones de los toros y sobre ellas ha cimentado las bases de un arte tan exacto, cuanto son invariables los principios.

Puesto que conocemos ya el origen de la accion de torear que luego fué peculiar y privativa de los caudillos y grandes del Reino, las causas porque la dejó la nobleza y vino á ser patrimonio de la clase del pueblo, ahora explicaremos la influencia mas ó menos conveniente que tiene en las masas populares.

Dice el eminente Jovellanos: «Creer que los »pueblos puedan ser felices sin diversiones, es »absurdo. Creer que las necesitan y negárselas, »es una inconsecuencia tan absurda como peli»grosa. Darles diversiones y prescindir de la in»fluencia que puedan tener en sus ideas y cos»tumbres, seria una indolencia harto más absur»da, cruel y peligrosa que aquella inconsecuen»cia; resultando que el establecimiento y arreglo »de las diversiones públicas será uno de los pri»meros objetos de toda buena política.»

La autoridad de tan respetable autor basta por sí para decidir sobre la necesidad que tienen los pueblos de un espectáculo acomodado á su génio, y cuyas bellezas no necesitan para comprenderse los esfuerzos de la imaginacion, sino que basta asistir á él para gozar y recrearse.

No concluiremos estas filosóficas citas sin añadir otras de no menos interés.

En las naciones cultas debe buscarse un espectáculo en que excite el laudable deseo de ser fuerte y valeroso, pero no inhumano ni sanguinario; que no se cimente el triunfo y la gloria en el vencimiento y la muerte de otro hombre, sino en el de una fiera atrevida y poderosa; que no haya odiosidad directa y personas que hagan mas sangrienta la venganza, sino emulacion y fraternidad que aseguren el triunfo y aplauso.

Florezcan, dice un erudito escritor, en las populosas capitales, todos los monumentos que acrediten el grado de perfeccion y cultura en que se hallan los conocimientos humanos, haya academias y sociedades, conservatorios y museos, y tengan los sábios cuanto conduzca á su perfeccion y engrandecimiento; pero dejemos á la clase mas populosa un espectáculo propio suyo y no porque las demás gocen de todas las comodidades de la vida, olvidemos esta numerosa porcion de la sociedad.

No es un brutal arrojo, como suponen algunos, el que arrastra al *circo* al lidiador, sino un valor racional con que se presenta á la fiera, por-

que sabe el modo seguro de hacer inútil su saña y de eludir sus intentos. No es su agitacion tampoco aquella que trastornaba al gladiador, cuando encerrado en el anfiteatro se le abrian mil puertas para el sepulcro, y un resquicio apenas para tornar á la vida: es una mezcla del gozo que anticipadamente se le viene á la imaginacion por la victoria, y de los temores que le asaltan de no llenar cumplidamente sus deberes y sus deseos. Pero la idea del peligro no aparece jamás en la mente del buen lidiador de toros, pues sabe bien que no hay lance difícil para él que no tenga regla segura y recursos para practicarlos.

Son tan exactas estas observaciones, que no admiten género alguno de duda; pero no las concluiremos sin aducir otras de no menos importancia, para que el lector forme un juicio siquiera aproximado de la exactitud de aquellas.

El filósofo admira y discurre en el circo taurino la excelencia del hombre, que desde su desnudez é ignorancia primitivas, ha sabido alzarse con el imperio del mundo y sacrificar á su antojo y diversion las bestias más poderosas. El naturalista observa las alteraciones que el cuidado y el estado de domesticidad han producido en el caballo y el toro, y cuanto les desvía del primitivo modo de ser y de obrar. El político conoce con cuán poco se contenta y distrae al pueblo laborioso, y aprecia dentro de sí el efecto que el espectáculo hace en el carácter de la multi-

tud. El matemático vislumbra la posibilidad de reducir el toreo á desmostraciones, porque considera en el toro *un cuerpo que se mueve con direccion y velocidad conocidas*, y en el torero *todos los medios para variar la primera* y *acelerar ó retardar la segunda*. El economista vé en el consumo de toros y caballos, uno de los elementos que mas influyen en el fomento de la cria del ganado vacuno y caballar. El viajero admira un espectáculo tan grandioso y magnífico. Aquella mezcla de trajes y colores bordados de oro: aquel murmullo, vocerío y continuo movimiento lo entretienen y embelesan; y cuando suena el timbal entremezclado con los clarines, sale el toro con aspecto amenazador, y vé á los *diestros* burlarlo risueños de mil maneras, llega al colmo su admiracion, y prorrumpe en apláusos y aclamaciones. Todas las clases, todos los sexos, todas las edades y condiciones de la vida concurren á él; se enajenan, se olvidan de sus penas, y el panorama no tiene igual. Oigamos al citado Jovellanos lo que dice en su Memoria sobre este espectáculo, y de lo que fueron las justas y torneos.

«¿Quién se figurará una anchísima *Tela* (1) pomposamente adornada y llena de un brillante y numerosísimo concurso; ciento ó doscientos caballeros ricamente armados y guarnidos, partidos en cuadrillas y prontos á entrar en lid; el séquito de padrinos y escuderos; pajes y palafre-

(1) El sitio donde se verificaban los torneos.

neros de cada bando: los jueces y fieles presidiendo en su catafalco para dirigir la ceremonia y juzgar las suertes; los *farautes* corriendo acá y allá para intimar susórdenes, y los *tañedores* y ministriles alegrando y encendiendo con la voz de sus *añafiles* y tambores: tantas plumas y penachos en las cimeras, tantos timbres y emblemas en los pendones, tantas empresas y divisas y letras amorosas en las *adargas;* por todas partes giros y carreras y arrancadas y huidas; por todas coches y encuentros y botes de lanza y peligros, y caidas y vencimientos? ¿Quién, repito, se figurará todo esto sin que se sienta arrebatado de sorpresa y admiracion? ¿Ni quién podrá considerar aquellos valientes paladines ejecutando los únicos talentos que daban entonces estimacion y nombradía en una palestra tan augusta, entre los gritos del susto y el aplauso, y sobre todo, á vista de sus rivales y sus damas, sin sentir alguna parte del entusiasmo y la palpitacion que hervía en sus pechos, aguijados por los más poderosos incentivos del corazon humano, el amor y la gloria?»

«La ociosidad no tiene lugar entre hombres activos y guerreadores como los de aquella época, por cuya razon se ocupaban en esta clase de diversiones el tiempo que estaban suspensas las hostilidades.»

Concluida la primera parte histórica del orígen de las fiestas de toros, comenzaremos la segunda, objeto primitivo de la publicacion.

SEGUNDA PARTE

FIESTAS REALES DE TOROS

PRIMERA CORRIDA

MADRID 25 DE ENERO DE 1878

INTRODUCCION

Desde el momento en que la prensa periódica indicó, en vista del programa de las funciones reales, que uno de los espectáculos sería las corridas de toros, sin que por esto se nos atribuya exajerados, la mayoría del público de Madrid se fijaron en las citadas corridas de toros.

Por ello no debemos extrañarnos, puesto que la juventud desconocia este caballeresco festejo; y que despues se comenzó á comentar lo grandioso del aparato y el arrojo que han menester los caballeros al clavar los rejoncillos. Estas razones, á no dudar, han influido para que la villa y córte de Madrid sea visitada por muchos extranjeros y no pocos aficionados españoles.

Reducida la mision del que suscribe á narrar exclusivamente el festejo taurino, seria tal vez pretencioso el poner una sola frase con referencia á los demás festejos de que han sido testigos, no solo las comisiones de todas las provincias de España, sino los enviados extraordinarios de casi todas las potencias.

Escritores de reconocida capacidad y erudicion se ocupan probablemente en consignar en correcto estilo y elegante frase el fausto de nuestros monarcas en fiestas reales; como solícitos se muestran en conceder mercedes y beneficios cuando sus pueblos lo necesitan.

Hecha esta salvedad, pasemos á describir la primera corrida.

A las nueve de la mañana del dia 25, en que se efectuó la fiesta taurina de que tratamos, empezaron los carruajes de todas procedencias dirigiéndose hácia la puerta que fué de Alcalá, para tomar la carretera de Aragon, donde á corta distancia se halla el palenque donde se van á sortear toros para rejoncillos á la antigua usanza por caballeros en plaza, y reses bravas tambien por casi todos los toreros que han acudido al llamamiento del Excmo. Ayuntamiento, que ha costeado este y otros festejos para solemnizar el régio enlace.

A los lados de la carretera de Aragon, hasta llegar á las puertas de la plaza, se veian infinidad de gallardetes con banderas del pabellon español, guirnaldas de flores y simétricamente co-

locadas sobre unas columnetas los escudos de las provincias de España.

Aunque ligeramente, vamos hacer la descripcion artística del decorado de aquel vasto palenque.

Todos los antepechos de las gradas, balconcillos de las sobre-puertas, entradas de tendido y meseta del toril se hallaban adornados con colgaduras cerradas de los colores de la bandera nacional.

En armonía con la severidad de su arquitectura, las 120 columnas que tienen las gradas las adornaban rodelas moriscas suspendidas de cordones con borlas de colores brillantes y trofeos formados con banderas en los capiteles.

En todos los intercolumnios de las citadas gradas guardamalletas de fajas y cordones azul, blanco y oro.

Una magnífica colgadura de damasco encarnado con galones de oro, adornaba así mismo los antepechos de los palcos, y sobre dicha colgadura escudos con el leon y el castillo de nuestra nacionalidad, alternando en los centros de cada palco.

Sobre los capiteles y calados de los 120 arcos que forman el piso de palcos y andanadas, pendian escudos de un metro de altura, que representaban las cuarenta y nueve provincias de España y nuestras posesiones de América y Filipinas, alternando con los escudos de la villa de Madrid.

Una série de guirnaldas y colgantes de flores pendian de las *claves* de todos los arcos, de las galerías superiores y de los citados escudos.

La *cresteria* de hierro calado que corona todo el edificio, se hallaba adornado con gallardetes de tres metros de altura con lanzas y medias-lunas doradas.

Hemos dejado para este lugar la descripcion del palco Real y el de los Excmos. Sres. Ayuntamiento y Diputacion Provincial, como complemento al delicado gusto que ha tenido el señor don Emilio Rodriguez Ayuso, arquitecto, á quien la comision ha confiado este decorado, y que asi mismo fué el que, en union de los Sres. Alvarez, Capra y Marquina, construyeron el suntuoso edificio.

El palco Real aparecía radiante de explendor, nó solo por los atributos que se destacaban sobre el terciopelo carmesí guarnecido de oro, si no por las augustas personas que le ocupaban. Los escudos de la casa de Borbon y la de Orleans-Montpensier, entrelazados y rodeados de guirnaldas de flores, contrastaban admirablemente con las cuatro lanzas doradas de torneo que descansaban sobre los antepechos del palco Real; teniendo, además, suspendidas de cordones y borlas color rojo y oro, otras tantas rodelas de batalla moriscas y escudos de armas, coronando todo este sencillo y elegante decorado.

Los palcos de los Excmos. Ayuntamiento y Diputacion Provincial se hallaban colgados de

terciopelo, y en sus centros los escudos de las corporaciones respectivas.

A todo este conjunto de elegancia y explendor se unia la numerosa concurrencia que anhelante esperaba á los régios esposos para saludarlos, y el comienzo del festejo.

Tanto las barandillas de palcos y gradas, como los centros y tendidos del extenso palenque, las ocupaban sin distincion de clases las familias de nuestra grandeza. Los representantes de casi todas las potencias, los cuerpos colegislativos, comisiones de todas las provincias de España, una gran parte del ejército, los consejeros de la corona, y escusado añadir es que una no pequeña parte del pueblo laborioso y honrado de ámbos sexos que, confundido con lo más elevado de la sociedad madrileña, animaban tan régia fiesta con sus oportunas ocurrencias.

Las diez y seis mil localidades á que se ha hecho ascender la numeracion total de asientos, con el aumento de las graderías en los palcos y entre puertas, se hallaban completamente ocupadas.

No es posible, por más que lo hemos intentado en aquellos momentos, apuntar nombres propios ni retener los de muchísimas damas que se presentaron á la fiesta en trajes puramente á la española, con mantillas blancas y vasquiñas de seda guarnecidas de alamares negros sobre los colores encarnado, caña y rosa. Los palcos del Ayuntamiento y Diputacion Provin-

cial los ocupaban tambien los ministros y senadores.

Mientras llegaba la hora de la corrida, las músicas de alabarderos y la del cuerpo de ingenieros, convenientemente colocadas debajo del palco Real, la primera, y meseta del toril la segunda, amenizaban la fiesta tocando piezas nacionales.

La hora señalada para abrir las puertas del vasto palenque y comenzar la liza era á las doce en punto.

Debia presidir el festejo S. M. el Rey, segun uso tradicional, y efectivamente, á la hora señalada en los programas, las músicas anunciaron la llegada de SS. MM. y AA. RR. con la servidumbre de servicio; S. M. el Rey vestia de capitan general y la Reina con mantilla y traje de seda blanco sencillo, pero elegante. Se colocaron todas las personas reales á derecha é izquierda de SS. MM., y los grandes del reino y alto servicio en el sitio que la etiqueta prescribe en ceremonias reales.

Los carteles de raso color grana con encajes de oro, para que SS. MM. supieran detalladamente los pormenores de la corrida de este dia, los tenian á la vista sobre la barandilla del palco. empero antes de presentarse en columna de honor á la régia comitiva, séanos permitido indicar á nuestros lectores el programa literal de tan augusta palestra.

«El Rey don Alfonso XII (Q. D. G.), se ha dig-

nado señalar el dia 25 de Enero de 1878, para la 1.ª funcion real de toros que con motivo del fausto enlace de S. M. con su augusta prima la infanta doña María de las Mercedes de Orleans y Borbon, se ha de celebrar (si el tiempo no lo impide), en la Plaza de toros de Madrid. Costeando dicha funcion el Excmo. Ayuntamiento Constitucional de esta M. H. villa. Caballeros rejoneadores nombrados por la diputacion de la grandeza de España. D. Ramon García Arenal.—Don Cárlos Fernandez Floranes.—D. Enrique Morales y D. Antonio Lafuente.

LIDIADORES.

ESPADAS: Julian Casas *(el Salamanquino)*, Cayetano Sanz, Manuel Arjona Guillen, Angel Lopez Regatero, Gonzalo Mora, Antonio José Suarez, Manuel Carmona *(el Panadero)*, Francisco Arjona y Reyes *(Currito)*, Salvador Sanchez *(Frascuelo)*, Domingo Mendibil, José Machio, Angel Fernandez *(Valdemoro)*, Manuel Hermosilla, José Sanchez del Campo *(Cara-ancha)*, Felipe García, Angel Pastor y Francisco Sanchez *(Frascuelo)*.—Total 17.

PICADORES: Antonio Fernandez *(Barillas)*, José Muñoz, Antonio Arce, Francisco Calderon, Antonio Calderon, Antonio Pinto, José Marqueti, Juan Antonio Mondéjar *(Juaneca)*, Antonio Osuna, Manuel Martin *(el Pelon)*, Domingo Granda *(el Francés)*, Juan Trigo, Francisco Gutierrez

(Chuchi), Patricio Briones *(Negri)*, Manuel Gutierrez *(Melones)*, Antonio Suarez *(el Rubio)*, Jos Gomez *(Canales)*, Mariano Arjona, José Garci Iglesias *(el Morondo)*, Matías Uceta *(Colita)*, Francisco Parente *(el Artillero)*, José Pacheco *(Veneno)* Manuel Martin *(Agujetas)*, Joaquin Chico, Migue Salguero, Antonio Crespo y Juan Leon *(Gaceta)*. —Total 27.

BANDERILLEROS POR CUADRILLAS SIN ÓRDEN DE ANTIGÜEDAD: Victoriano Alcon *(el Cabo)* y Manuel Gimeno.—Domingo Vazquez, Nicolás Fuertes *(el Pollo)*, Gabriel Lopez y Saturnino Frutos.—Hipólito Sanchez Arjona, Manuel Arjona (hijo) y Emilio Campillo *(el Herradito)*.—Manuel Fernandez, Isidro Rico *(Celebro)* y José Ruiz *(Joseito)*.—José Torrijos *(Pepin)*, Francisco Sevilla *(Currito)* y Leandro Guerra.—Manuel Acosta *(Boquita)*, Rafael Ardura y Joaquin Vega *(el Chato)*.—Cosme Gonzalez, José Gimenez *(Panadero)* y José Martinez Galindo.—Julian Sanchez, José Martin *(la Santera)*, Victoriano Recatero *(el Regaterillo)* y Francisco Sanchez.—Pablo Herraiz, Estéban Argüelles *(Armilla)* y Valentin Martin.—José Perez, Antonio Gonzalez y Antonio Garrido.—Eusebio Martinez y Diego Fernandez.—Pedro Fernandez *(Valdemoro)* y Juan Ruiz. —Vicente Mendez *(el Pescadero)*, Mariano Tornero y Gregorio Alonso.—José Fernandez *(Barbi)*, Manuel Campo y Anselmo Moreno.—Francisco Diego *(Corito)* y Antonio Perez *(Ostion)*, Bernardo Ojeda, Remigio Frutos *(Ojitos)* y Francisco Par-

do.—Santos Lopez y Manuel Caro *(el Huron)*.—Total 48.

PUNTILLEROS: Gabriel Caballero, Manuel Bustamante *(Pulga)*, José Perez *(Potrilla)* é Isidro Buendía.—Total 4.

CHULOS: Cárlos Albarrán *(el Buñolero)*, Luis Mendez *(Lechuga)* y Antonio Box *(Antoñeja)*.—Total 3.

Toros á disposicion de S. M. para rejoncillos. Uno de D. Pablo Valdés y Sanz, cuya ganadería rompe plaza en las Funciones Reales por costumbre tradicional, vecino de Pedraja del Portillo (Castilla la Vieja), con divisa blanca; uno del Excmo. Sr. Duque de Veragua, idem de Madrid, con idem encarnada y blanca; uno de D. Antonio Hernandez y Lopez, idem de Madrid, con idem morada y blanca; uno de D. Rafael Laffite y Castro, idem de Sevilla, con idem encarnada, blanca y amarilla.

Para varas: Uno de D. Antonio Hernandez y Lopez, vecino de Madrid, con divisa morada y blanca; uno del Excmo. Sr. Marqués del Saltillo (antes de Lesaca), idem de Sevilla, con idem celeste y blanca; dos de D. Manuel García Puente Lopez (antes Aleas), idem de Colmenar Viejo, con idem encarnada y caña; dos de D. Félix Gomez, idem de Colmenar Viejo, con idem azúl turquí y caña; uno de D. Julio Laffitte, procedentes de Hidalgo Barquero, idem de Sevilla, con idem negra y blanca; uno de D. Antonio Miura, idem de Sevilla, con idem verde y negra; uno de D. Cár-

los Lopez Navarro, idem de Colmenar Viejo, con idem encarnada y amarilla: uno de D. José Antonio Adalid, idem de Sevilla, con idem encarnada, blanca y caña: uno del Sr. Marqués de Villabilvestre (nuevos en esta Plaza), idem de Sevilla, con idem blanca.

La funcion empezará á las doce del dia y concluirá cuando S. M. se retire del palco Real.

Ahora réstanos reseñar, atravesando el palenque y hecha la señal por los clarines y timbales, la aparicion del séquito y órden con que se presentaron los padrinos nombrados por la Diputacion de la grandeza, que fueron los excelentísimos señores conde de Balazote y Superunda, y sus caballeros en plaza los nombrados en el programa.

RESEÑA.

Rompian la marcha cinco alguaciles montados y con los trajes de villa y córte, representando su institucion.

Los timbales y clarines de la real casa igualmente á caballo, vestian con casacas y calzon de gran gala, galoneados de oro.

Una gran carroza tirada por seis briosos caballos con penachos de plumas rojas y azules, conducia á los caballeros en plaza Sres. Arenal y Lafuente, llevando á las portezuelas del elegante coche los diestros *Frascuelo* y Hermosilla, que más tarde debian aparecer en la lidia como

padrinos de campo de los mismos. Detrás del carruaje dos pajes con los rejoncillos y cuatro caballos ensillados de mano, que conducian otros cuatro pajes vestidos con los colores grana, blanco y oro, y un coche de respeto con cuatro caballos con penachos, y detras ocho lacayos con libreas de gala.

A esta primera comitiva le seguia la segunda que la constituia una carroza de gran gala, tirada como la anterior por seis caballos empenachados con plumas blancas, y dentro de la carroza los caballeros Sres. Morales y Floranes. Estas carrozas eran de los Excmos. Sres. Duque de Sexto y Santoña. A los costados del carruaje los padrinos de campo Cayetano Sanz, Gonzalo Mora, Arjona Reyes, Francisco Sanchez y Angel Pastor; dos pajes con los rejoncillos y cuatro con los caballos ensillados para la batalla; coche de respeto y ocho lacayos con libreas de la casa que apadrinaba. Los coches con cuatro caballos cada uno, que respectivamente conducian á los Excmos. Sres. Conde de Balazote y Superunda, que apadrinaban á nombre de la Diputacion de la grandeza de España á los caballeros en plaza, iban lujosamente enjaezados. Las cuadrillas marchaban detras de la comitiva, vestidos con sus trajes á la moderna, pero ostentando su valor en oro y plata. El sombrero de tres picos que los diestros llevaban, daba, aunque no del todo, el carácter de la época de los Romeros y *Pepe-Hillo*.

Cuando toda la comitiva habia pasado por

delante de SS. MM. dió frente al palco Real, parándose las carrozas, y se apearon los padrinos como igualmente los caballeros; saludaron á los reyes haciendo al mismo tiempo la presentacion de sus apadrinados, y despues cada cual volvió á ocupar su puesto, saliendo en correcta formacion por la puerta de Madrid, menos las cuadrillas que se colocaron entre barreras, y en el redondel, los que por turno ó eleccion debian estar á la defensa de los caballeros en plaza, provistos unos con muleta y otros con capotes.

No debemos pasar en silencio, puesto que ha sido una parte muy integrante en la pelea que se describe, el valeroso cuerpo de alabarderos que, durante la quimera, han permanecido con sus pechos al frente de tan rudos enemigos debajo del palco de SS. MM., formando el zaguanete.

Hé aquí los nombres de la fuerza nombrada para este servicio, relevándose de toro á toro.

Como quiera que durante la funcion, la citada fuerza permaneció cubriendo su puesto, los señores jefes y oficiales igualmente estuvieron en retaguardia; por lo tanto, haremos mencion de ellos segun sus categorías

Coronel, Sr. Marqués de la Solana D. Francisco Urvistondo.—Teniente coronel comandante, D. Agustin Sanchez Marín.—Capitan teniente, D. Venancio S. Salvador.—Teniente alférez, don Vicente Bartual.

Guardias: D. Nicomedes Polo.—D. Eusebio Cabiedas.—D. Lorenzo Garzon.—D. Francisco Ji-

menez.—D. Manuel Castaño.—D. Juan Villar Zarza.—D. Vicente Polo.—D. Victoriano Casas.—D. Basilio Mauricio.—D. Gregorio Oñoro.—Don Tomás Fernandez.—D. Federico Lúcas.—D. Benigno Moreno.—D. Francisco Mortera.—D. Abdon Civera.—D. Patricio Diaz.—D. Florencio Harto.—D. Meliton Gonzalez.—D. Aquilino Martinez.—D. Vicente Villar.—D. José Moscardo.—D. Juan Miranda.—D. Antonio Manzano.—D. Pedro Fraile.—D. José Blanco.—D. Antonio del Olmo.—D. Urbano Araujo.—D. Andrés Cisneros.—D. Paulino Izquierdo.—D. Pedro Listanco.—Don Ciriaco Gomez.—D. Vicente Belda.—D. Juan Jurado.—D. Lucio Ortega.—D. Marcial Fernandez.—D. Benito Posada.—D. Pablo Varbadillo.

Alférez, D. Francisco Fernandez del Amo.—D. Jacinto Alonso.—Y D. Atilano Vizau.

A los costados, fuera de la línea de la primera fila de los guardias, se hallaban tres alguaciles á caballo para trasmitir las órdenes de la presidencia á los paladines.

TOROS PARA REJONCILLOS.

Colocados en el *anillo* los caballeros en plaza, D. Ramon Arenal y D. Antonio Lafuente, convenientemente preparados para el combate, y temiendo para el quite de la fiera, ó sean padrinos de la palestra: el primero, á los espadas Currito y Hermosilla, con la muleta, y un peon con capote, para correr y colocar al bicho para consumar

la suerte, y el segundo á Cayetano, Gonzalo, Pastor y Sanchez.

El caballo que montaba el Sr. Arenal era castaño, buena lámina y bien arrendado. Vestia este caballero y sus tres compañeros, los trajes representando las insignias de las coronas de Leon, Castilla, Borbon y Orleans; de terciopelo grana y blanco galoneados de oro, birretes con plumas, bota chamberga y espadas.

Todo en completo órden, sonaron los timbales y clarines para la salida al circo del primero.

Su nombre *Meleno*, negro como la mora, cornicorto y apretao, de pocas libras, é infundia poco respeto á tan apuestos caballeros, que con la mayor tranquilidad, esperaban al enemigo. Este bicho pertenecia á la antigua ganadería de D. Pablo Valdés y Sanchez, con divisa blanca, y por cuya antigüedad y tradicion rompe plaza en funciones reales. El torete que describimos recorrió el circo sin hacer por los bultos, y el «Regaterin», que estaba de peon de auxilio, aprovechó el momento de un recorte para librarse de la embestida, y le quitó con la mayor serenidad la distincion torera, que formaba un lazo de cintas blancas con las caidas y flecos de oro; la cual encargó este diestro se entregára á S. M. la reina.

Parada la res ante el caballero, Sr. Arenal, clavó dos rejoncillos, saliendo airosamente de la suerte. No estuvo menos feliz el Sr. D. Antonio Lafuente, puesto que saliendo á los medios como

su compañero, señaló y quebró tres rejones. Como era de esperar, vista las pocas facultades del torete, se fué á las tablas, recelándose y sin acometer, por lo que se dió la señal para matar al toro y se presentó á brindar la suerte á su majestad, el espada más moderno de los que estaban al quite, Manuel Hermosilla, que por cierto vestia un precioso traje azul celeste bordado de oro. Concedida la vénia por S. M., marchó el diestro con todas las hechuras de torero á las tablas, en donde habia tomado la querencia el bicho. Le pasó de muleta al natural tres veces, y una de pecho bastante ceñido, y al arrancar para matar se quedó el toro en la suerte, y se pasó el diestro sin pinchar. Seguidamente, y aprovechando, puesto que el castigo del rejoncillo le habia resabiado, le dió una corta á toro parado en su sitio y un mete y saca despues á volapié, que fué lo bastante para que se echara y entregase la cabeza al más antiguo de los puntilleros, Gabriel Caballero, que no obstante de hacer bastantes años que no funciona con las reses bravas, quedó como bueno descabellando al primer golpe.

Tenemos recorriendo el ruedo al segundo toro de la corrida, llamado *Lechuguino*, de la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua, con divisa encarnada y blanca. Su pelo, cárdeno, bragado, cornipretao, hondo y con más piés que un corzo. Los caballeros Arenal y Lafuente en sus puestos de honor, con los diestros para el quite

Reyes, Frascuelo y Hermosilla, esperaban impávidos el momento supremo de la quimera.

Al encontrarse la fiera rodeada de obstáculos que no podia salvar, despues de haber recorrido todo el anillo, se paró delante del caballero Arenal, el cual, alternando con su compañero señor Lafuente, le pusieron dos rejoncillos el primero, y tres el segundo admirables; pero sacando herido el caballo este último, y muriendo despues en la caballeriza. El toro, cuando esto sucedia, ó sea durante la ruda pelea, se creció al castigo más y más, tanto, que en la salida de uno de los caballeros rejoneadores, embistió por uno de los costados al zaguanete de Alabarderos, que si bien por un momento desunió la primera fila de lanzas, rompiendo algunas y torciendo otras por la resistencia que encontró la fiera, la segunda y la tercera permaneció imperturbable rechazando las rudas acometidas del toro. Despues de lo que llevamos dicho, y que el toro fué herido con las lanzas, se trasformó en receloso por el mucho castigo y aplomado por demás para continuar alanceando los caballeros en plaza.

Hicieron la señal los clarines y timbales para matar al toro, y se presentó seguidamente debajo del palco de SS. MM. Salvador Sanchez «Frascuelo», que por cierto ceñia el muchacho un precioso traje color de corinto bordado de oro. Despues de brindar la suerte á los augustos esposos, se dirigió al sitio donde la fiera habia fi-

jado su querencia accidental, que lo era en los tercios, y en un sitio bastante arenoso y húmedo: la res conservaba las bastantes facultades para hacer un desavío al menor descuido. Salvador desplegó el rojo trapo en la jurisdiccion conveniente para que el toro se viniera empapado en el engaño, y cambiar los terrenos con lucimiento. Así fué, en efecto, que despues de siete naturales y un buen cambio forzado, y casi siempre descubierto por el mucho viento que en aquellos momentos se sentia, colocó al toro en su rectitud para consumar con lucimiento la suerte suprema del arte, la de matar á toro recibiendo. Si esto practicó Salvador, justo parece relatarlo y añadir, en obsequio de la verdad, que el público en general saludaron al lidiador con entusiastas aplausos, tanto por la escelente brega con la muleta, cuanto por la estocada que fué hasta los gavilanes é ida por demasiado parar los pies, ó sea *embraguetarse* con la res. El puntillero Pulga, con poca fortuna, remató al toro al cuarto golpe.

Los caballeros en plaza, precedidos de los alguaciles, saludaron á SS. MM. y se retiraron del palenque; siendo unánimemente aplaudidos por todo el concurso.

Los acordes de las músicas y la aparicion de los ministriles á caballo, anunciaron nuevamente á la muchedumbre, que salian dos nuevos paladines dispuestos á rejonear otras dos fieras, ó las que S. M. ordenára.

Los Sres. D. Cárlos Fernandez Floranes y don Enrique Morales, ricamente ataviados, montados en los caballos de batalla y acompañados de sus pajes y diestros para la defensa, que fueron Cayetano, Julian Casas, Mora, Frascuelo y Pastor que unánimemente debian concurrir como auxiliares en el luchadero.

La señal del clarin y los timbales hizo que cada cual estuviese preparado para la continuacion de la pelea.

El portero de la fortaleza hizo girar la pesada puerta del calabozo donde se hallaba encerrado un toro, de la antigua ganadería del Sr. D. Antonio Hernandez y Lopez, vecino de Madrid, y que llevan sus toros la distincion torera morada y blanca. De bastantes carniceras fué el mosquito, berrendo en colorado, bien colocados los pitones. Se presentó en el anillo, bravucon, lijero como una pluma y rematando en las tablas. Pastor estuvo espuesto, porque hubo de pisar en falso al correr el toro y cayó, sufriendo un puntazo que no interesó más que el calzon en la parte posterior. Parado el toro para hacer suerte, se aproximó el Sr. Morales y le puso, cuarteando mucho, dos rejoncillos, y el Sr. Floranes, uno en todo lo alto ciñéndose al costado de la res. El bicho, aunque bravo, se sintió al castigo recelándose sin acometer, por lo que dispuso acertadamente la presidencia mandar se matára al toro con estoque. No se hizo esperar el más moderno de los chicos que estaban en la pelea,

cual fué Pastor, el cual, provisto de muleta y espada, se fué á brindar la suerte á SS. MM. para cumplir su cometido.

El jóven espada vestia traje verde con alamares de oro, y despues de pasarle al cornúpeto con el trapo cuatro veces al natural, bastante ceñido, le señaló una estocada corta arrancando en su sitio; pero no siendo lo bastante para terminar la vida del toro, le fué preciso tomarle nuevamente con el engaño cinco veces más, y cerrarse con él para echarle á rodar de una segunda estocada buena, y que le concluyera el puntillero José Perez.

Este toro, á la hora de la muerte, acometió á los alabarderos, quienes defendieron su puesto con bravura, y causando al bicho algunas heridas.

Plaza al bicho cuarto que ha de cerrar la fiesta de los caballeros, si S. M. lo estima bastante. ¡Buen bicho! Negro como las alas de un cuervo, bien pasturado, corni-apretao, de gran romana, hondo y salió del chiquero como un rayo y bramando de coraje: parecia traer en los pitones el cólera morvo-asiático.

Fué tanta la sorpresa que causó á todos los que le esperaban en el redondel, que á nadie dió tiempo de enmendar su posicion para resistir aquel torbellino con cuernos, que los peones de lidia abandonaron sus capotes en el viaje para librarse de una cojida: los caballeros en plaza tuvieron que arrimar los acicates á sus corceles

para ganarle la delantera: los guardias alabarderos prepararon sus armas en triple fila para resistir la acometida: los ministriles en sus caballos no menos lijeros que los de los caballeros sorteando los movimientos del toro en los tercios, hasta que por fin se paró en los medios de la plaza.

El bicho que reseñamos pertenecia á la ganadería del Sr. D. Rafael Laffite y Castro, de Sevilla. Lucia en todo lo alto de las *palomillas* la distincion torera, encarnada, blanca y amarilla.

Por el momento, el bicho, parecia llevar ganada la pelea, puesto que bramaba y con las manos arrancaba la tierra desafiando á sus enemigos. Empero muy pronto se vió humillante la soberbia de tan poderoso bruto.

Uno de los peones salió con el capotillo para sacar al toro de aquella querencia, y traerle á la jurisdiccion del caballero en plaza, Sr. Floranes, el cual, aprovechando este momento, y con el auxilio de Salvador y Pastor, rompió y clavó al toro tres rejoncillos con aplauso del público; no sin haber intentado dos acometidas más. El señor Morales, con menos fortuna que su compañero, por más que lo intentó, nada consiguió en las tres veces que metió el brazo para herir, pero faltándole toro. Los defensores de campo, Cayetano, Frascuelo, Pastor y otros, no pudieron, por más esfuerzos que hicieron, que el caballo del señor Morales se arrimára lo suficiente, siquiera para que el ginete tentase al toro una sola vez

en la piel. El dicho Sr. Morales, comprendiendo la impaciencia del público por su poca fortuna en no poder llegar al toro, no por culpa suya si no por la del caballo, pues que de otra manera creemos evidentemente que á su pundonor y palabra empeñada, no hubiera hecho traicion, y mayormente, cuando en los ensayos se le vió cumplir sin alarde de valor temerario. El Sr. Morales, despues de lo que sabemos, se retiró sin duda á variar de caballo: pero en el entretanto, el toro que estaba herido de muerte por los afilados rejoncillos del Sr. Floranes, se echó en medio de la plaza rematándole el puntillero Isidro Buendia.

El Sr. Floranes, viendo que su compañero no salia, se acercó, acompañado de dos alguaciles de córte, al palco Real para saludar á SS. MM. y al público que le aplaudia por su valeroso comportamiento.

Para no interrumpir la narracion del festejo, dejaremos para el final de nuestra crónica el resúmen de los cuatro toros de los caballeros en plaza.

Puesto que ya estamos enterados de las cuadrillas que trabajan, y los toros que se van á jugar, pongan atencion mis lectores para escuchar gráficamente la reseña torera de la gente de pelo trenzado.

TOROS PARA VARAS.

Despues de las dos y media empezó la lidia ordinaria apareciendo solamente á saludar á SS. MM. los tres picadores de tanda Francisco Calderon «El Morondo» y «El Artillero», acompañados de cuatro alguaciles con su jefe á la cabeza, D. Manuel Rivas, inspector del distrito del Centro, montados en buenos caballos.

Concedida la vénia por S. M., tomaron distancias de filas los caballeros de la vara de detener, para colocarse en el sitio de costumbre. Los matadores Julian Casas (el Salamanquino), Cayetano Sanz y otros dos con sus correspondientes banderilleros esperaron, convenientemente distribuidos, la salida del primero, que segun carteles y divisa, debia ser de D. Antonio Hernandez y Lopez, vecino de Madrid, con divisa morada y blanca. Efectivamente; fué el mismo. ¡Buen bicho! de escelente trapío: berrendo en negro, bragado, bien puesto, bastante carniceras. Con el primero que se encaró fué con «El Artillero», el cual le pinchó tres veces con su marronazo y descenso al suelo. En seguida le agarró con coraje «El Morondo» señalando una vara con caida y caballo muerto. Paco Calderon tambien puso el suelo blando con las costillas en las dos ocasiones que tuvo para presentarle el palo; pero tambien quedó desmontado.

Tocaron á poner rehiletes, y salieron Victoriano Alcon (el Cabo) y Manuel Gimeno. El primero vestía un traje azul con adornos de plata; y prendió al toro dos escelentes pares de banderillas al cuarteo que resultaron ser, despues de sacar los brazos de la suerte, de banderas, gallardetes y chinescas. Su compañero adornaba su cuerpo con vestido color grana con plata, y solo clavó un par cuarteando. El toro, como quiera que en la suerte de varas se le consintió con el poco castigo, conservaba todas las piernas en banderillas, tanto, que se fué al callejon con la mayor facilidad por el sitio más alto de la puerta de arrastre. Consignamos estos detalles para venir en conocimiento despues de las consecuencias de una lidia que no está ajustada á las condiciones de la rés que se sortea. Hecha la señal para matar el toro, tomó la muleta y estoque Julian Casas (el Salamanquino), que por cierto estrenaba un rico traje azul celeste con plata, y se fué á brindar la suerte suprema del arte á S. M. El toro, mientras esta operacion, tomó la querencia en los medios, y con especialidad en el sitio de más compromiso, cual fué en un tercio de plaza que habia arenoso y húmedo. Sentado este procedente y el viento insoportable que no permitia cubrirse con el engaño, ni menos el entrar en jurisdiccion para hacer suerte, el espada, no obstante de esto, pasó al toro tres veces al natural, y queriendo aprovechar, le dió un pinchazo á paso de banderilla y cuarteando. El toro,

que como sabemos tenia muchas facultades, hizo por él, y del encontronazo le derribó á tierra. Los espadas Valdemoro, Machío y el banderillero «el Pescadero,» estuvieron al quite con oportunidad, siguiendo el viaje con el capote de uno de ellos. El matador, haciendo caso omiso del golpe, se volvió armar pasándole una vez de muleta y señalándole, á la media vuelta, dos pinchazos, y más tarde otros dos y una corta, en la que tambien fué arrollado y arrojado al suelo. Vista la imposibilidad de dominar la pujanza de la fiera, ni menos que abandonara la querencia y que el viento no permitia sin graves consecuencias, manejar la muleta, el público en general se oponia á que insistiera en un imposible dadas las atendibles condiciones del toro, con las de un diestro que cuenta cerca de los sesenta años de edad. S. M. como presidente de la corrida, no hubiera dudado un solo momento en mandar se retirára el matador en la primera caida; pero como la presidencia sabia perfectamente que en las leyes del toreo se tiene por ignominia la retirada de un toro al corral, porque demuestra, al parecer, cobardia ó insuficiencia del que no cumple con su cometido, y del que se trata no se le vió esquivar el compromiso, ni menos dejar de arrimarse, puesto que hirió cinco veces, despues de haber sufrido dos caidas graves, de aqui la alta consideracion de S. M. en esperar como sucedió á otros espadas despues, que tomaron los *blandos*, con más ó menos lucimiento y salieron del apuro.

Por manera que la presidencia en el momento que observó que todo el pueblo pedia que se retirara el matador, incontinente salió uno de los alguaciles con órden superior para que se retirase el matador, á la que obedeció el pundonoroso diestro, saludando á la presidencia con todo el respeto debido, si bien con el rubor consiguiete de no haber podido vencer tantas dificultades. Los aplausos á S. M. por el acierto y oportunidad en tan difícil situacion, fueron unánimes hasta en las señoras. El toro marrajon no dió tiempo á que los cabestros salieran, porque en el momento que vió moverse la puerta del corral, se dirigió á ella y se ocultó.

El segundo toro que salió al coso, pertenecía á la vacada del Excmo. Sr. Marqués del Saltillo, antes de Lesaca, vecino de Sevilla, con divisa celeste y blanca: su pelo negro como la mora, bien puesto y escelente trapío.

Salió del calabozo como una flecha é infundiendo respeto por lo que traia en la cabeza y su gran romana. Cayetano, aprovechando la bravura del bicho, salió á los tercios de la plaza con el capote para pararle los piés, y que vieran los aficionados lo que en mejores tiempos ejecutaba con frecuencia y perfecta destreza.

Tres veces pasó al del Sr. Saltillo á la verónica, y tres gallcando en largo; pero que no pudo concluir la suerte porque se lastimó un pié por los esfuerzos que hacia el toro que le iba ganando el terreno para encerrarle en los tableros. Sa-

lió lo mejor posible del compromiso tirando el capote y retirándose á la enfermería.

El bicho se creció con los capotazos no dejando títere con cabeza, al estremo de echar á rodar á Pinto, «Colita» y «Chuchi», que estaban de tanda: los dos reservas que salieron ha aplacar la *carena* del toro, tambien descendieron de sus cabalgaduras. Del primero recibió la fiera un picotazo y un marronazo, quedando desmontado con perjuicio del contratista. El segundo dió dos costalazos tremendos, en cambio de las tres varas que puso: «Colita» castigó en cuatro ocasiones, pero bajando al suelo de cabeza en tres: el primer reserva largó tres puyazos buenos sin caer á tierra, pero en cambio perdió la jaca. Por manera que el bicho llegó á banderillas aplomado, mereciendo la clasificacion en la quimera de la vara, de duro, seco, bravo y de cabeza. Cuando los chicos salieron á los medios á parear, habia tomado los tercios el bicho del Sr. Marqués del Saltillo. Esto, no obstante, salió Domingo y le adornó el morrillo con dos pares de las llamadas de sobaquillo, y su compañero Lopez, aunque con poca destreza por haber salido en falso en dos ocasiones, clavó un par cuarteando. Seguidamente, y prévio mandato de la autoridad, tocaron á matar y se presentó el Sr. Manuel Arjona Guillen, hermano de Cúchares (q. e. d.), que el pobrecito, aunque con bastantes años y cojo, hizo lo que pudo, que por cierto fué deslucidísimo. Tan solo dió dos pases, un pinchazo tiran-

do el trapo y tomando el olivo de cabeza dos veces. Más tarde salió á la media vuelta, sin pinchar, y por fin de fiesta, con otros dos pinchazos más en el pescuezo, obligó al animal á echarse para que concluyera el desavío el veterano puntillero «Pulga.» Vestia el matador su trajecito azul turquí con adornos de seda negros.

El tercero de los de varas le tenemos saltando por el coso y encampanando la cabeza de alegria, figurándose que por cualquiera de las puertas ha de encontrar la salida al campo. Despues de convencerse que todo el recinto estaba amurallado, paró los piés en los medios, sin duda para que nosotros los revisteros pudiéramos con tranquilidad describir su buen trapío.

Pertenecia á la vacada de D. Manuel García Puente Lopez (antes de Aleas), Colmenar Viejo, con divisa encarnada y caña, su apodo *Confitero*, aldinegro, bien puestas las agujas y, para terminar, de bonita lámina y hondo.

Llegó á Pinto el bicho dos veces y le hizo caer á tierra sin consecuencias, ni para él, ni para el caballo que montaba. Seguidamente le tomó con la garrocha «el Chuchi» una vez, y «Colita» otra. El primero de estos últimos puso el suelo blando con las costillas en una sola ocasion que se arrimó, A si las cosas, y observándose que el toro era blando al hierro, dispuso la presidencia que el caballerizo hiciera la señal para que el clarin anunciase la suerte de rehiletes. Salieron á cumplir la órden los chicos Culebra y Manolin,

señalando el primero cuatro palos de sobaquillo con pájaros, y dos el segundo de flores, cuarteando, regular.

El torete en toda la brega no desmintió su buena raza, pues que fué bravucon para los chicos, si bien para los piqueros de poca pujanza en la cabeza y, como ya hemos apuntado, se dolia de la vara.

A la hora de la muerte el bicho se trasformó en codicioso, noble y sencillo. Con estas escelentes condiciones le encontró «el Regatero» cuando tocaron á matar, que sea dicho entreparéntesis, lo hizo todo lo mal posible. Despues de una série interrumpida por dos sesiones de pases con muleta, le atizó una corta y delantera Á VUELAZANCAS. Viendo el *diestro* que con la *cosa* anterior no mataba, le dió, al toro, tres muletazos más y uno preparado de pecho. Por fin en esta segunda sesion le recetó otra estocada; pero que salió de la suerte arrollado y volviendo la cara que tiene. El puntillero José Perez «Potrilla» le remató al tercer cachetazo. Eran las cuatro en punto de la tarde.

Con la muerte de este toro se dió por terminada la corrida, levantándose SS. MM. del palco Real y retirándose.

RESUMEN.

La presidencia por S. M. el Rey, acertada y oportunísima, no solo al ordenar se ejecutáran las suertes en los tres estados que tienen los to-

ros en plaza, con sujecion á sus facultades, sino teniendo siempre una solicitud suma para con el lidiador á que no traspasase los límites de sus deberes, porque de ello se han evitado las contingencias de un arrojo temerario.

El público, que en esta clase de espectáculos es sabido que siempre ha sido el soberano para aplaudir ó censurar, ha colmado de plácemes y victoreado á los consortes, por su acertada direccion en el augusto palenque.

Los caballeros en plaza hicieron lo posible para cumplir, mereciendo por ello el parabien de todos los concurrentes, y de la comision de la grandeza en particular, por el lujo con que ha presentado á SS. MM. á los campeones apadrinados.

Los caballeros que rejonearon el primero y segundo toro, Sres. Lafuente y Arenal, fueron obsequiados despues de retirarse de la plaza expléndidamente por sus numerosos amigos. Esto mismo, segun nuestras noticias, sucedió á los señores Floranes y Morales despues de rejonear los dos últimos bichos de la citada funcion.

Los incidentes de los tres toros en lidia ordinaria han dado poco juego, razon por qué tampoco han podido hacer milagros. Lo desapacible del dia contribuyó en gran parte á que la primera corrida, en todas sus fases, no luciera como se esperaba. En el resúmen general constarán los demás pormenores.

SEGUNDA CORRIDA.

MADRID 26 DE ENERO DE 1878.

Puesto que el cartel de la segunda corrida es continuacion de la primera, respecto á los diestros en su órden de antigüedad, variando únicamente los caballeros en plaza y los toros, y por ser la primera que dejamos descrita llamada de *Córte* en que apadrinó la grandeza, y esta segunda de *Villa*, porque representa el pueblo de Madrid con sus dos caballeros, y la Diputacion de Provincia con el suyo, solo tenemos que añadir sus nombres y los toros que han de rejonear con sus incidentes.

CABALLEROS EN PLAZA.

Don José de la Guardia, apadrinado por la Excma. Diputacion de Madrid y D. Eugenio de la Roca y D. Federico Gonzalez, apadrinados por el Excmo. Ayuntamiento Constitucional de esta M. H. Villa.

Toros á disposicion de S. M. para rejoncillos.—Uno de D. Pablo Valdés y Sanz, cuya ganadería rompe plaza en las funciones Reales por costumbre tradicional; uno del Excmo. Sr. Duque de Veragua; uno de D. Antonio Hernandez y Lopez, y uno de D. Rafael Laffite y Castro.

Para varas.—Uno del Excmo. Sr. Duque de Veragua, dos del Excmo. Sr. Marqués del Saltillo (antes de Lesaca), uno de D. Manuel García Puente Lopez (antes Aleas), uno de D. Félix Gomez, dos de D. Antonio Miura, uno de D. Julio Laffite, procedente de Hidalgo Barquero, uno de D. Cárlos Lopez Navarro, uno de D. José Antonio Adalid y uno del Sr. Marqués de Villabilvestre, (nuevos en esta plaza).

Si animacion hubo en la corrida de ayer, por ser la primera y de *Córte*, en nada desmereció la en que nos ocupamos, que fué de *Villa*.

El dia apareció sereno como en una mañana de primavera. El luminoso Febo se dejaba sentir, pero sin molestarnos, porque aún nos encontrábamos arrecidos del frio de la mañana y tarde anterior. Sea por esta circunstancia, sea por una de esas casualidades incomprensibles, lo cierto es que una gran mayoría del bello sexo llenaba todos los asientos de preferencia, esperando el ansiado momento de que tomasen asiento en la presidencia SS. MM. para el comienzo del festejo.

La corneta de órdenes de la fuerza esterior de la plaza dió el golpe de atencion de la llegada al

circo de las personas Reales. Las dos bandas de músicas del interior del augusto palenque, al aparecer SS. MM. y AA. en el palco Real, tocaron la marcha tradicional, y se corrieron las órdenes para que todo estuviera preparado.

A las doce en punto, prévio el permiso de S. M. el Rey, agitó el pañuelo blanco el caballerizo. S. M. el Rey vestia de capitan general. S. M. la Reina con mantilla blanca á la española.

Las bandas de músicos, clarines y timbales, entremezclados con los aplausos unánimes de todas las clases de la sociedad allí reunidas, resonaron por el anchuroso circo como señal inequívoca de cariño á los augustos esposos.

Abiertas las puertas del redondel aparecieron cuatro alguaciles con su jefe, Sr. Rivasa, á caballo, y los timbaleros y clarines de la Villa de gran gala. Cuatro maceros de la Excma. Diputacion Provincial, con dalmáticas moradas de terciopelo, galoneadas de oro y birretes del mismo color con plumas blancas. Un elegante coche ó sea carroza, con filetes de oro y escudos de colores en las portezuelas, y de bronce, dorados á fuego, los de alrededor de la caja. La parte interior forrada con brocado blanco é iniciales con corona ducal bordada de oro. La *tumba* de este precioso carruaje era de paño morado con el centro de terciopelo del mismo color, y cordonaduras morada y oro. Este elegante carruaje iba tirado por cuatro hermosos caballos castaños enjaezados con guarniciones negras, hebillaje do-

ble, de gran gala, y escudos dorados á fuego. Los penachos que lucian los caballos eran de plumas blancas y moradas. El que guiaba al coche, los catorce lacayos y palafreneros de la servidumbre vestian el traje de la época de Luis XIV. Las casacas eran de terciopelo de seda moradas con dobles galones de oro en las costuras y los botones con las armas de la Diputacion. El calzon y chupa de grana con galones de oro, y terminaba el traje con la media de seda morada, ligas de oro y zapato con hebillas. Los pajes que conducian los caballos de respeto, de batalla y rejoncillos, tambien vestian de seda con los colores de la Diputacion. El carruaje que hemos descrito conducia al Excmo. Sr. Conde de la Romera, que en nombre de la Diputacion apadrinaba al caballero en plaza, D. José de la Guardia y Vega. A los costados iban los espadas Cayetano, Salvador Sanchez (Frascuelo) y otros que no recordamos.

Despues de la comitiva de la Diputacion de Madrid, la seguia la comision del Excmo. Ayuntamiento con ocho maceros, tambien con dalmáticas de terciopelo grana, con galones de oro y birretes con plumas blancas. Dos coches de gran gala de doble suspension azules con escudos, coronas de bronce y los juegos de encarnado con filetes de oro. Cada uno de estos carruajes iba tirado por cuatro hermosos caballos, con penachos blancos y encarnados y los atalajes negros y hebillaje plateado. Seis alguaciles á pié y el

séquito de lacayos, pajes y palafreneros, vestian de color morado. Los caballos de batalla y rejoncillos los conducian tambien los pajes.

En el primer carruaje iban el Excmo. Sr. Marqués de San Miguel Das-Penas, y el caballero en plaza D. Federico Gonzalez. A las portezuelas los espadas Frascuelo, Hermosilla y Francisco Sanchez. En el segundo, el Sr. Quiroga que apadrinaba, á nombre del Municipio, al Sr. D. Ramon Larroca, y como padrinos de campo Cayetano y Pastor.

Despues se apearon los padrinos y caballeros para saludar á SS. MM., retirándose luego en la misma forma que se habian presentado.

Montados los caballeros Sr. Laguardia, apadrinado por la Diputacion y Larroca por el Ayuntamiento, en dos magníficos caballos tordo rodado, el del primero, y negro el del segundo, salieron nuevamente acompañados de cuatro alguaciles á saludar á S. M. y se colocaron en los puntos de ataque, ó sea en los tercios del redondel.

El caballero Larroca ceñia el traje completo de la época de Felipe IV, chambergo con plumas moradas; calzon, ropilla y capa de terciopelo morado y raso blanco, representando las comunidades de Castilla. El caballero Laguardia vestia de la época de Luis XIV.

La fuerza del cuerpo de alabarderos cubria el zaguanete, relevándose de toro á toro, la cual publicaremos en el resúmen, puesto que tambien

alternaron en este servicio con los ya nombrados en la primera corrida.

Hecha la señal para la salida del primer bicho, pisó la arena el de la vacada del Sr. Valdés, de Pedrajas del Portillo (Castilla), con divisa blanca. Bien puesto, negro como la mora y de pocas libras.

El Sr. Laguardia, cuando el toro estuvo en suerte, y los espadas Angel y Frascuelo preparados para el quite, salió al cuarteo y le puso un rejon en todo lo alto, que al quebrarse, se conoció el efecto que hizo á la rés, puesto que desde aquel momento empezó á recelarse y defenderse. Esto, sin embargo, no fué obstáculo para que despues el Sr. Larroca rompiera otro rejon en buen sitio, alternando con su compañero; y despues cuatro más, el primero, y tres el segundo; por lo que fueron sumamente aplaudidos y victoreados por el público.

La presidencia, visto que el toro tenia castigo bastante para no dar juego en esta suerte, y tal vez se huyera, ordenó la señal para que mataran al toro.

El más moderno de los peones que figuraban para la defensa de los caballeros en plaza, era Francisco Sanchez *(hermano de Frascuelo)*, el que, tomando el rojo trapo y reluciente acero se fué á brindar la suerte á S. M. el Rey.

Despues de esta indispensable y respetuosa ceremonia, se dirigió el jóven espada, que por más señas llevaba puesto un bonito traje verde

esmeraldia con adornos de oro. Tres pases naturales le administró, y uno de pecho, al de Valdés, y una corta bien señalada á volapié, pero se quedó en la suerte el bicho falto de patas y casi muerto de los rejoncillos. Seguidamente, y para despachar, le dió ocho pases más y luego tres cortas y dos intentos á descabellar. Se echó el animal y murió á manos del puntillero Gabriel Caballero. Despues de haber caido muerto el toro, saludó el caballero Laguardia á S. M., retirándose para que ocupara su puesto en el segundo turno de pelea el Sr. D. Federico Gonzalez, que vestia como su compañero Larroca, época de Felipe IV.

Libre el anillo de estorbos, se presentó en liza el dicho Sr. Gonzalez, precedido de dos alguaciles á tomar la vénia del Rey: y concedida que fué, el clarin y timbales avisaron al guardador del chiquero para que diera salida á un mosquito que, segun vimos, pertenecia á la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua, vecino de Madrid, y con la distincion torera encarnada y blanca.

Bravucon se presentó en la arena. De bastantes libras, berrendo en negro, botinero, cornivuelto, y se paró en los tercios de la plaza desafiando. Entonces el caballero Gonzalez, acompañado de Salvador, su hermano Francisco Sanchez y otro, salieron en busca del bruto, el cual, al ver flamear el trapo por el costado derecho del caballero, arrancó al objeto y cuarteando el del

rejon, y con la mayor limpieza se le clavó y rompió en el mismo morrillo. Seguidamente el señor Larroca puso dos rejones, cuarteando el uno y á caballo levantado el otro. El Sr. Gonzalez, no queriendo ser menos en la palestra, y haciendo caso omiso de sus padrinos de campo, salió cuatro veces á la portuguesa y rompió y clavó otros tantos rejones á la fiera; pero esta, revolviéndose en corto sobre el caballo que montaba, le enganchó por las cinchas, derribándole y muriendo en seguida. Los espadas al quite estuvieron oportunos, y el Sr. Gonzalez se retiró del cerco, por un momento, para montarse nuevamente, puesto que del golpe que recibió al caer del caballo, no tuvo consecuencias que lamentar.

El toro, cuando se estaba practicando la suerte del rejoncillo, en una de las huidas se aproximó á los alabarderos, á quienes acometió con tan rudo coraje, pero que le resistieron valerosamente sin perder su alineacion y causando varias heridas al atrevido cornúpeto. Algunas alabardas quedaron inutilizadas completamente, y repuestas en el momento para seguir sosteniendo y guardando tan honorífico puesto.

Los caballeros en plaza, cuando tocaron á matar al toro, se retiraron despues de saludar á SS. MM., no sin ser calurosamente aplaudidos y obsequiados con esplendidez con esquisitos cigarros habanos.

Tenemos brindando la suerte suprema á sus majestades al matador Salvador Sanchez *(Fras-*

cuello), que vestia un precioso traje color de lila bordado de oro.

El toro, aunque bastante castigado, se habia crecido, queriendo cojer y recelándose hasta de su sombra. Salvador le dió cuatro pases naturales, cortos, y un cambio ceñido, y liando á continuacion, una buena estocada hasta la empuñadura, arrancando, quedando desarmado por haberse *atracado* de toro. Fué aplaudido el espada por SS. MM. y el público en general.

Retirado el toro muerto, y todo nuevamente en órden para la prosecucion de la fiesta, apareció solo á pedir vénia á S. M. el Rey, acompañado de los alguaciles, el caballero Sr. Laguardia. Concedida esta, y auxiliado por Salvador, Hermosilla y otros, esperó este compron la salida de la fiera del chiquero con imperturbable serenidad.

De la ganadería de D. Antonio Hernandez, segun decian los carteles y la divisa morada y blanca, parecia ser la procedencia del toro. Su pelo negro como la mora; corni-apretao; buen trapío; de bastantes carniceras. Fué bravo en toda la quimera y duro al castigo de las lanzas de los alabarderos y rejoncillos del caballero Laguardia. ¡Qué lástima de bicho no se le hubiera corrido en lidia regular y franca para poder apreciar sus buenas condiciones!

Antes de acometer al caballero en plaza tomó los capotes de los chicos, rematándoles hasta las tablas; y en una de las arrancadas se echó sobre el caballo que montaba el jefe de alguaciles, el

cual, no pudiendo salir de entre el toro y las lanzas de los alabarderos, le arrojó la fiera casi encima de las cuchillas de los que defendian el zaguanete, que á no haber sido previsores al verle caer que bajaron las armas, hubiera perecido. Esto, no obstante, la capilla del jefe de los alguaciles, Sr. Rivas, quedó hecha pedazos entre las alabardas, como trofeo de aquel inesperado suceso. El caballo del alguacil mayor quedó muerto.

Algo más parado el toro, hizo suerte con el caballero, poniendo airosamente y á caballo levantado, un magnífico rejoncillo que mereció grandes aplausos. El bicho, cada vez más bravo y queriendo cojer á todo trance á sus enemigos, tomó los tercios del *ruedo*, y al acercarse segunda vez el Sr. Laguardia para poner el rejon, que clavó, no obstante, no pudo revolverse lo suficiente para librar el derrote del toro, y fué enganchado el caballo por el tercio delantero, cayendo á tierra con el ginete. Por pronto que estuvieron los peones para evitar la caida, no fué posible evitarlo, ni menos de que sufriera el señor Laguardia varias contusiones de las pisadas del toro, en particular en el tobillo izquierdo y falsas costillas. Fué conducido inmediatamente á la enfermería por varios caballeros oficiales de la escolta de S. M., y tambien por los pajes de plaza. El caballo que montaba, que era tordo rodado y de una escelente lámina, quedó muerto en la plaza.

El caballero Gonzalez salió en el momento de retirarse su compañero para sustituirle; pero no fué necesario por el momento, porque los timbales y el clarin previnieron á la gente de pelo trenzado, que al más moderno le tocaba matar al toro, autor de tantos desavíos.

Angel Pastor, provisto de los chismes de matar, brindó á la presidencia, é hizo con el bicho del Sr. Hernandez la faena siguiente:

El enemigo habia tomado la defensa en los medios de la plaza y sin esquivar la pelea, puesto que bramaba de coraje y desafiaba.

El jóven matador le pasó en corto al natural, ciñéndose, cuatro veces; y á volapié le dió una buena estocada honda, pero que fué preciso para que cayera, darle siete naturales más y otra estocada arrancando en el sitio de la muerte. El matador, que vestia traje corinto con adornos de plata, fué aplaudido justamente por lo lucido que estuvo en este toro, que por su trapío é historia merecia bastante cuidado.

Tenemos en el ruedo al cuarto toro; del señor D. Rafael Laffite, con divisa encarnada y amarilla, vecino de Sevilla. Berrendo en colorao, ensabanao, capirote, botinero y con dos velas en la cabeza que parecian dos afilados *visturís*.

Salió del encierro como un rayo rematando en las tablas, primero, y luego sostuvo un momento de pelea con los imperturbables alabarderos, á quienes á cometió y salió herido en la cara y espaldillas. Por fin se paró en los medios para que

los caballeros en plaza, Sres. Larroca y Gonzalez, le castigaran con el fin de aplacarle tanta bravura y ensañamiento.

El primero de los caballeros le dió un lancetazo bueno quebrando el rejon, é intentó despues hacerlo dos veces más y no lo consiguió. El señor Gonzalez, en el momento que el toro se le encampanó é hizo por él, salió á la portuguesa, ó sea á caballo levantado cuarteándose ceñido, y le dió un magnífico rejonazo que le atravesó las costillas. Inmediatamente se echó el toro en los medios para morir donde habia sido ejecutada tan lucida y valerosa suerte.

Despues de saludar á SS. MM. los afortunados caballeros, atravesaron el palenque á trote sostenido, no sin escuchar unánimes los aplausos y dádivas que les prodigaban tantas y distinguidas personas por haber salido victoriosos del rudo combate.

Ahora empieza la corrida ordinaria, siéndolo con un torito de la vacada del Excmo. Sr. Duque de Veragua, vecino de Madrid, y con la divisa encarnada y blanca.

Salieron los picadores de tanda, «Juaneca», «Agujetas» y «Veneno» y otros tres auxiliares de reserva; los que despues de saludar á sus majestades, como igualmente los alguaciles que los acompañaban, cada uno se fué á colocar en el sitio que le correspondia.

Gonzalo Mora, que por su turno debia matar el bicho que se hallaba en la arena, dió las dis-

posiciones necesarias á sus peones de lidia, para no perder un momento la pista del *Buró* y con mucho sentido,

Los demás matadores con su tropa entre barreras y las defensas al brazo, para acudir siempre que fuera indispensable. A sí las cosas, sonó la trompeteria, músicas y timbales para picar con vara larga, y clavar rehiletes.

Negro meano era el toro y corni-veleto, hondo y de buen trapío. En medio de la zaragata que se movió para aburrir al bicho con los capotazos y cuarteos queriendo quitarle la divisa, salió un peon de lidia llamado «el Corito» y pidió permiso á S. M. para dar el salto de la garrocha. Concedido que fué, salió el chico, y aunque el toro estaba receloso é incierto, partió al bulto que le desafiaba, y consumó la suerte bastante bien con aplauso de muchos. Manuel Carmona quiso parar los piés á la rés, y se le marchó despues de dos verónicas. Con cinco varas que le pusieron los picadores de tanda, entre buenas y malas, llegó á banderillas con muchas piernas, si bien sencillo y noble como lo son generalmente estos toros. Los agraciados para esta bonita suerte fueron un tal Sevilla, Pepin y Culebra; pero antes de comenzar la citada suerte, un hombre con gaban, que parecia un forastero, pidió permiso á la presidencia para banderillear y le fué negado.

El primero de los muchachos, despues de salir en falso dos veces, puso un par al cuarteo, otro el segundo y lo mismo el tercero. Tenemos

saludando al Rey con la montera en una mano y los avíos de matar en la otra, á Gonzalo Mora, vestido de gran gala con traje color de grana con alamares de bruñida plata. El discurso para brindar la muerte del toro á SS. MM. fué lacónico y puramente español; sentimos no recordarle, porque tuvo mucha gracia.

Llegó el espada con la muleta hasta la misma cara del bicho, y dió en corto tres naturales y luego, aprovechando, un pinchazo, arrancando, pero bien señalado. Seguidamente volvió á tomarle con el trapo otras tres veces, y se le entregó al cachetero con una muy buena estocada de estas que forman época. El antiguo puntillero Gabriel le remató á la primera; y Gonzalo, en medio de generales aplausos y multitud de cigarros, llegó á saludar á SS. MM., quienes también le honraron con sus deferentes saludos.

Plaza al segundo, sexto de la tarde, de la vacada del Sr. Marqués del Saltillo, vecino de Sevilla, y con divisa celeste y blanca. Negro como la mora, bien puesto, de gran romana y hondo.

Recibió de los de tanda, Marqueti y otros, diez chuzazos de castigo, por siete porrazos mayúsculos, y dos trotones asaeteados por los pitones de tan bravo cornúpeto. Tocaron á clavar rehiletes, y se presentaron dos modestos peones llamados «el Chato» Vega, el uno, y Rafael Ardura el otro. El primero colocó un par de sobaquillo, y el segundo par y medio cuarteando, bien. La muerte de este toro tocó al antiguo es-

pada Antonio José Suárez, que por más señas, vestia un buen traje azul celeste con bordados de plata, hecho de esprofeso para estas corridas. El toro, mientras su matador tomó el rojo trapo y la espada y saludó á SS. MM., habia tomado la querencia, primero en las tablas, y luego en los tercios donde habia arena removida y húmeda. Al pasarle de muleta hubo de pisar en el terreno blando, y cayó cerca de la rés, pero que no hizo por él y se levantó sin lesion alguna. Trasteado nuevamente al natural en la querencia, que no abandonaba, le dió una baja á volapié, un pinchazo á toro parado, dos intentos á descabellar y acertando al tercero. Aunque la faena fué laboriosa, el terreno en que la hizo no podia esperarse otra cosa sin grave riesgo. El matador cumplió.

El tercero de la tarde, sétimo de la corrida, pertenecia á la ganadería del Sr. Puente y Lopez (antes Aleas), de Colmenar, con divisa encarnada y caña. Su pelo negro como el tizon, lomipardo, bien puesto y duro al palo. Tomó de Canales, «el Francés» y «el Pelon», ocho varas de gran castigo, en particular las del «Francés», que detenia y hacia sangre á la fiera que se dejaba sentir su pujanza. Cuando tocaron los clarines para retirarse los de la vara larga, se hallaban en el ruedo tres caballos muertos de primera, que más de un caballerete se hubiera lucido en la castellana montándolos á la *portuguesa* á ser de su propiedad.

No se hicieron esperar Cosme, Gimenez y Galindo, á quienes tocaba parear, pues que sin preámbulos, y aprovechando, le adornaron en un momento con dos pares de pendientes el primero, uno el segundo, *al pelo*, y otro el tercero. Manuel Carmona, con traje verde y oro, le pasó dos veces al natural, y le acabó de matar (nos esplicaremos) de una corta con tendencias á atravesar.

Este toro, momentos antes de la faena con Carmona, se dirigió á los alabarderos arremetiéndolos con toda su pujanza y haciéndoles perder la alineacion por un momento; pero resistieron la tenacidad de la fiera, al extremo que, habiendo roto várias lanzas, le dió una cornada al guardia alabardero don Francisco Fernandez Amo, que por fortuna introdujo el cuerno el toro por la bocamanga de la casaca, y se la arrancó toda, y parte del cuarto delantero, causándole varias contusiones y una mordedura en una mano. Despues hemos sabido que hubo entre los combatientes dos contusos más; los guardias don Francisco Gimenez Cid y D. Pedro Diaz Peña.

Este toro tenia por nombre *Milagroso*.

El torito cuarto que vamos á describir, tenia divisa azul, turquí y blanca: su nombre *Confitero*, de la propiedad de D. Félix Gomez, de Colmenar; su pelo castaño oscuro, corni-apretao, de romana, buen mozo y rematando en las tablas. A la salida se acercó á los alabarderos queriendo embestirles, pero respetó aquella muralla de acero, siguiendo su viaje. Los picadores «el Moron-

do». Osuna y Negri, le pincharon con la vara cuatro veces, y no le gustó mucho, pues desarmaba colándose y derribando á los ginetes, matándoles tres caballos. Tocaron á banderillas y salieron Sanchez y el «Recaterin», prendiendo dos pares el primero, chinescas, cuarteando bien, y otros dos el segundo admirables, de las llamadas de plumeros. El bicho que estuvo bastante receloso en esta suerte, quedándose en su terreno y descompuesta la cabeza, á la hora de la muerte se trasformó en cobardon é intencionado y conservando las piernas. Reyes, que ceñia traje verde con oro, despues de saludar á la presidencia y con las precauciones necesarias, llegó á la jurisdiccion conveniente para desplegar la bandera y cambiarse con él. Seis pases le dió y fué desarmado el matador, pero logrando sacarle de la querencia de las tablas. Por segunda vez empezó el trasteo con el trapo, y se fué á la querencia de un caballo muerto, en la cual, prévios diez pases en corto y ceñidísimos, lió, y aún tiempo le hizo morder la arena de una gran estocada hasta la mano. El puntillero hizo muy poco para rematarle. La ovacion fué justa, porque además de ser el toro de cuidado en el último tercio, le despachó con bastante lucimiento.

De la vacada de D. Antonio Miura fué el quinto toro que reseñamos. ¡Bonita lámina! Negro, meano y lucero; cornicorto y bien puesto: hondo y con libras. Para la suerte de varas fué duro, de poder en la cabeza, seco en los embites

y bravo como un leon; y tanto fué así, que hizo los desaviés siguientes. A los tres primeros picadores de tanda, que le castigaron nueve veces, lo hicieron como para sacarle las garrochas por la *bragada*; pero el toro les hacia descender al suelo de cabeza, como los *dominguillos* de las novilladas, perdiendo las atalayas que montaban. Salieron incontinenti dos picadores más, y tambien pusieron el suelo blando con las costillas. Total: once puyazos, cuatro caidas y tres jacos muertos. Gracias á los espadas que estaban siempre con oportunidad al quite, no hubo que echar mano al botiquin. El único que tuvo disgusto despues de los que tenia en el cuerpo, durante la funcion, y de los que le esperaban, fué el contratista de caballos. En tal estado las cosas, tocaron los clarines para las banderillas, y se presentaron tres *titanes* para esta suerte, cual fueron, Pablo, Armilla y Valentin. Los chicos vestian, el primero rosa con plata, el segundo rosa y plata y el tercero rosa con plata; es decir, que los niños salieron vestiditos iguales, y con muchísima plata encima y acabadita de salir de la tienda. Vamos ahora á saber si esos *moños* corresponden, con las personas de salero, convirtiendo el morrillo del toro de Miura en un jardin de flores, colocadas simétricamente. Como más antiguo salió Pablo á meter los brazos y vimos, al sacarlos del cuarteo, que una profusion de cintas de colores le caian al toro por el cuello. En seguida su compañero Armilla en la misma forma, al cuarteo

colocó el segundo par que resultaron ser de variadas flores. El niño Valentín, si mal no recordamos, las que puso fueron de banderas y gallardetes, por manera, que en vista de que cumplieron como corresponde á sus buenos nombres, recibieron infinidad de aplausos perfectamente justificados. El toro, en cada par que sentía sobre las *pladolas*, salía luciendo en su morrillo un conjunto de preciosidades.

La voz metálica del clarín dió por terminada la suerte de rehiletes, y que comenzara la de muerte del toro. Salvador, que se cuidó mucho no ser menos como jefe de cuadrilla, que sus tres banderilleros, en presentarse á la palestra dignamente ataviado, vestía de color de lila con los bordados de oro. Brindó la suerte á S. M., y se dirigió en busca del toro, que aun ostentaba los adornos que tenía sobre el cuello, desafiando en los tercios y queriendo la quimera. Lo pasó con la muleta al natural cinco veces y dos de pecho en corto. Al arrancar hizo un extraño la rés escupiéndose del centro de la suerte, pinchando sin soltar, porque hubiera resultado la estocada deslucida. Seguidamente y prévios tres naturales más, dió la segunda acometida á *volapié neto*, dando en las tablas, que era lo que el toro pedía, porque se acostaba en ellas, y era preciso aprovechar el momento para rematar con lucimiento, como lo hizo. La estocada fué buena y en su sitio, puesto que el toro se echó en el momento para morir con el cachete á la primera. Salvador

fué bastante aplaudido y obsequiado con cigarros.

SS. MM. se levantaron para marcharse, y el público al mismo tiempo que aplaudia á los régios esposos en su despedida, pedia la gracia que se lidiase otro toro, á lo que S. M. accedió, saludando á la muchedumbre que, agradecida le victoreaba por su escesiva amabilidad.

Los acordes de las músicas y aplausos hubieran continuado, si el clarin y los timbales no avisaran á la muchedumbre, ébria de placer, porque la fiesta volvia á proseguir con la misma solemnidad que antes y presidida por S. M.

Abiertas las puertas del chiquero para franquear la salida, se dejó ver un toro, negro meano, corni-apretao, bien pasturado, buen mozo y de buen trapío. El Sr. D. Julio Laffitte, vecino de Sevilla, puede estar orgulloso si todos los bichos que tiene pastando son tan pujantes y bravos como el sexto que reseñamos. Lucia en su lucio morrillo la divisa torera con los colores negro y blanco. Lo mismo fué pisar la arena, dió vuelta al redondel y se encaró con los centinelas del zaguanete de alabarderos, que al verle venir prepararon las armas en triple filas, y esperó al enemigo. Pero este se receló por haberse pinchado al pasar, aunque se revolvió para acometer. La oportunidad de un chico con el capote hizo que el bicho siguiera su viaje.

Parada la fiera en los tercios, en menos de tres minutos convirtió el anillo en un campo sembra-

do de alimañas muertas. El Artillero, que se hallaba de tanda, un tal *Gaceta*, *Badila*, *Negri*, *Melones* y otros que no recordamos, tuvieron que salir para aplacar la pujanza de aquel torbellino, que no dejaba hombres ni caballos, y á los peones los seguia hasta las tablas para destrozarlos de coraje por verse burlado.

Al primero de los picadores que se le puso delante en dos ocasiones le arrojó á tierra una vez y le mató dos buenos caballos. Al segundo que le pinchó perdió el troton. Al tercero que se le arrimó en dos veces para herirle, le deslomó del porrazo, y costando al contratista dos escuálidas sombras de camellos que montaba. El cuarto, que señaló dos puyazos, en cada uno dejó en tierra el *pegaré*, y por fin de fiesta se curedó el *mosquito*, despues de tanto desavío, con el número *cinco* de los de la vara larga, al que no debió llegarle al cuerpo ni la talegnilla, pues que apenas dió con él, del encontronazo solamente reventó al elefante en que salia caballero. En resúmen: recibió el torito, doce varas, siete tumbos á los piqueros, y ocho víctimas que llorará con dolor de su bolsillo el contratista de la caballeriza. Despues de todo esto, el toro, sin salir de un tercio de plaza, en el que se defendia acometiendo, tanto á la tropa de á pié como á la de á caballo. Si la corneta no hace la señal de alto á los paladines de lanza y espuela para que salieran los peones con los rehiletes para aplomar la carena al bravo cornúpeto del Sr. Laffite, ni hombres ni jacos hubie-

ran quedado sanos; empero aun nos quedaba la esperanza, si la cosa continuaba, por constar en los carteles y verlos en el paseo de la plaza, á los *Napolsones*, de la suerte de vara: el tio Muñoz y el intrépido *Barillas* que, por su obesidad y no caber en la silla de picar, descosieron el *borren trasero*, y cómodamente parecia que iba sobre un albardon...

SS. MM. y comitiva, al hacer el clarin la señal para banderillas, se levantaron y salieron de la plaza.

Fueron saludadas por el pueblo; las bandas militares á la vez tocaron la marcha real, y momentos despues continuó el regocijo.

Salieron á la suerte de parear tres chicos llamados José Perez, Gonzalez y Antonio Garrido. El primero puso un par cuarteando, y del encontronazo cayó al suelo, sin novedad. El segundo clavó un palo mal, y el tercero dos peor.

A Mendivil tocaba en turno matar á este toro, el cual, no obstante del castigo que soportó en varas, tenia muchos piés y no humillaba. Este espada, con muchos años de edad, y por consiguiente con pocos recursos, se presentó modestamente y en la misma forma, con el potente auxilio de la juventud torera, que se pusieron al quite, despachó su bicho despues de cuatro pases al natural, de una baja á la media vuelta, un pinchazo y otra atravesando al bicho al encuentro. No mereció, en verdad, tan bravo y noble toro semejante muerte. Pero todo se debe dis-

pensar á este matador, que há tiempo no funciona en el ejercicio.

En este toro ha presidido el Excmo. Sr. Marqués de Torneros, alcalde primero, presidente del Ayuntamiento, en sustitucion de S. M. el Rey.

RELACION DE LOS SEÑORES OFICIALES MENORES Y GUARDIAS DEL REAL CUERPO DE ALABARDEROS QUE ASISTIERON Á LAS DOS CORRIDAS DE TOROS PARA CUBRIR EL SERVICIO DEL ZAGUANETE DE LA PLAZA Y EL DEL PALCO REAL.

Tenientes Coroneles Comandantes.—D. Agustin Sanchez Marin, D. Vicente Caballero Santana y D. Francisco Regal y Miguel.

Capitan.—D. Venancio Sansalvador Valdivieso.

Tenientes.—D. Francisco Enriquez, D. Tomás Terceño, D. Salvador Pujol, D. Julian Guarás, D. Antonio Leandres, D. José Sanchez, D. Domingo Márcos y D. Vicente Bartual.

Alféreces.—D. Francisco Perez, D. Antonio Coto, D. Juan Najarro, D. Pedro Montilla, D. Antonio Perez, D. Aniceto Gonzalez, D. Lorenzo Miranda, D. Valentin Quiñones, D. Rafael Guerrero, D. Evaristo Saiz, D. Manuel Fernandez Alvarez, D. Narciso Godos, D. Diego Lopez Atienza, D. Martin Andolz y D. Estéban de Casas.

Guardias.—D. Nicomedes Polo Hervás, D. Miguel Romero Ramon, D. Francisco Mortera, don Antonio Gonzalez Rodriguez, D. Andrés Cisneros, D. Eusebio Cabiedas, D. Abdon Cibera, don

Paulino Izquierdo, D. Lorenzo Garzon, D. Patricio Diaz, D. Pedro Listanco, D. Benito Armiñano, D. Manuel Gimenez Lopez, D. Angel Perez Alvarez, D. Francisco Gimenez Cid, D. Clemente Martinez Martinez, D. Florencio Harto, D. Ciriaco Gomez, D. Manuel Castaño, D. Víctor Gutierrez, D. Gabino Bernal, D. Vicente Belda, D. Juan Villar, D. Meliton Gonzalez, D. Juan Jurado, don Vicente Polo Fernandez, D. Aquilino Martinez, D. Lucio Ortega, D. Vicente Villar, D. Marcial Fernandez y Fernandez, D. Victoriano Casas, D. José Moscardó, D. Benito Posada, D. Basilio Muntcio, D. Juan Miranda, D. Pablo Barbadillo, D. Gregorio Oñoro y D. Antonio Manzano.

Alféreces.—D. Francisco Fernandez del Amo, D. Antonio del Olmo, D. Pedro Fraile, D. Jacinto Alonso Navarro, D. Federico Lúcas, D. José Blanco, D. Manuel Adell Pitarch, D. Tomás Fernandez y Lacasa, D. Eustaquio Bazaco, D. Benigno Moreno Sauza, D. Urbano Araujo, D. Atilano Vizán, D. Félix Sornil, D. Miguel Corbé, D. Ramon Silveiro Fernandez, D. Gregorio Sancho García, D. Manuel Rodriguez, D. Joaquin Diaz Salazar, D. Antonio Estala, D. Cárlos Usabal, D. Salvador Mompó Martinez, D. José Marí Vidal, D. José Braña Perez, D. Eleuterio Pino, D. Liborio Monreal, D. Braulio Lopez Urés, don Alejo Cazorla Alés, D. Manuel Diaz Aguado, don Teodoro Lafuente y D. Vicente Alfaya.

Guardias.—D. Antonio Morilla, D. Andrés Gonzalez, D. Celestino Fernandez, D. Eustaquio Sar-

rasi, D. José García Ibarra, D. Lorenzo Cardona, D. Donato Ruesga, D. Severiano Benavente, don Miguel Leon Andrés, D. Sotero Fernandez Dominguez, D. Francisco Marin, D. Ambrosio Dominguez, D. Ramon Montoro, D. Ildefonso Alliste, D. Francisco Nieto, D. Domingo Moya, don Félix García, D. Felipe Fontela, D. José Pallas, D. Marcelino Sanchez Pintado, D. Juan Villamuelas, D. José Martinez Azpiazu, D. Federico Molina, D. Manuel Doblado, D. Tomás Camblor, D. Joaquin Cidoncha, D. José Hernandez Rivas, D. Manuel Rodriguez Castro, D. Juan Fernandez Berros, D. Cárlos Luna, D. Fernando Huertas, D. Francisco Gonzalez Candanedo, D. Angel Aparicio, D. Antonio Franganillo, D. Angel Barcenilla, D. Enrique Martinez, D. Domingo Ortea, D. Maximino Delgado, D. Ramon Conde, D. Luis Guerola y Aznar, D. Vicente Morales, D. Juan Cosgalla, D. Pascual Visent, D. Ambrosio Echezarra, D. Antonio Martin San Pedro, D. Manuel Gallegos, D. Francisco Godinez, D. José Tallon, D. José Diaz Solera, D. Antonio Neira, D. José García Alarcon, D. Lúcas García Escudero, don Antonio Sanchez, D. Juan Mauriño, D. Ricardo Gomez, D. Juan Jurado, D. José Vidal, D. Ramon Lougueira, D. Francisco Martin, D. Manuel Rodriguez Blanco, D. Leon Herranz, D. Manuel Pinche, D. Pedro Diez Peña, D. Ramon Tamargo, D. Pablo Traviesas, D. Mariano Padró, D. Pedro Cardero, D. Damian Peña, D. José Casanovas, D. Manuel Pantaleon, D. Antonio Marchena, don

José Guijarro, D. Clemente Gonzalez Serrano, D. Andrés Miguelez, D. Mariano Toribio Delgado, D. Nicolás Fernandez Collado, D. Adolfo Porras Anaya, D. Saturnino Huerta, D. Severiano Peral, D. Ricardo Cid Sanz, D. Valentin García, D. Buenaventura Perez, D. José Fernandez García, don Juán Gil Avellán, D. Juan Espinosa, D. Eusebio Miraballes, D. Ramiro Gromár, D. Juan de la Cruz, D. Manuel García Flecha, D. Antonio Vergara, D. Sebastian Vidál Portales, D. Urbano Gozalvo, D. Laureano Valle, D. Marcial Romero, D. Juan Sanchez, D. Pablo Martin, D. Segundo Caro, D. Tiburcio Fernandez, D. José Perez Villamil, D. Alejandro Nieto, D. Plácido Herranz, don José Benito Gomez, D. Félix García Gallego, don Pablo Blél Ortiz, D. José Rubio Garriguez, don Gaspar Cañellas, D. Daniel Barcina de la Fuente, D. Fernando Buendía, D. Valentin Martinez, don Francisco Pinilla, D. Blás Torres, D. Julian Mayor, D. Celestino Rabanál, D. Ramon Lopez Mendez, D. José Boj Romero, D. Eduardo Fernandez, D. Juan Ballesteros, D. Antonio Espejo, D. Enrique Pelaez de la Madrid, D. Mamerto Sainz, don Lázaro Perez, D. Pedro Martinez, D. Laureano Perez, D. Angel Sanchez Perez, D. José Arana, D. Bernardo Rodriguez, D. Victoriano Manso, don Atanasio Ferrero, D. Pedro Santiago Fernandez, D. José Bravo Lopez, D. Martin Lopez Adán, don Atilano Hernandez y D. Benito Hermida Alvarez.

Toda esta fuerza fué mandada las dos tardes

por el primer ayudante, el coronel Marqués de la Solana.

RESÚMEN.

La presidencia por S. M. acertada y complaciente. Los toros en general han dado bastante juego.

Los caballeros en plaza, sumamente aplaudidos, y siendo el objeto de las mayores distinciones por el público y obsequiados despues en la pieza de descanso, en la plaza, por los Sres. Presidentes, con un expléndido refresco, donde se encontraban SS. AA. RR., Consejeros de la corona y Comisiones de la Excma. Diputacion Provincial y del Excmo. Ayuntamiento de la villa y córte.

El Sr. D. José de La Guardia, despues de haber sido curadas las contusiones por los facultativos de la plaza, y acudiendo tambien en el momento el Sr. Somoza, médico de la escolta real del cuerpo de alabarderos, el Sr. Conde de la Romera dispuso acompañarle en el mismo carruaje que se presentaron á SS. MM. á la Diputacion Provincial, donde permaneció hasta su completo restablecimiento. Durante su dolencia se le prodigaron los mayores cuidados, y asistido por los señores médicos D. Julio Perez Obon, D. Matias Martin Romero, Somoza, facultativo del escuadron escolta real, y los ayudantes de la facultad

D. Francisco Aguirrebengoa y D. Facundo García Torres.

De las lesiones recibidas, la que más le ha molestado fué la de un pisoton del toro en el tobillo; pero que, segun nuestros informes, ha curado perfectamente.

Los picadores castigando en regla y con buena fé, llevando el trabajo en órden.

Los espadas, con deseos de quedar bien, tanto en la muerte y brega de sus toros, como estando al quite de los caballeros en plaza.

Los peones de lidia han puesto muy buenos pares y observando el mayor órden y consideracion á todos los espadas en general, y en particular á los decanos Julian Casas y Cayetano Sanz, que han dirigido la forma en que debia llevarse toda la lidia.

El puntillero Gabriel Caballero y sus compañeros, en ocasiones acertados y en otras repitiendo los cachetazos.

El servicio de caballos ha satisfecho á los aficionados y á los picadores que salian bien montados para defenderse de los toros, cuyo servicio le ha prestado el contratista D. Juan Uceta, que presentó sesenta caballos en la caballeriza, de primera, y dispuestos á sustituirlos en caso necesario; tal fué la garantía que dió á los señores de la comision, Brau y Lozano, los que tambien estaban dispuestos á que, si por una desgracia hubiera la mortandad escedido al cálculo prudencial de la contrata, nada hubiera perdido con

tal que uno de los principales elementos que constituyen á que las corridas de toros tengan el mayor lucimiento y explendor, son los caballos y despues los toros; de éstos solo diremos que han cumplido como no podiamos figurarnos, teniendo en cuenta la estacion tan contraria en que se han corrido para esta clase de reses.

El servicio de plaza, el de rejoncillos, banderillas, montura de los caballos de los picadores y atalajes de las mulillas, todo puntual y sin escasear su coste para que fuera hasta lujoso.

Las moñas que lucian los bichos guardaban la misma forma en piña de cintas de raso, cuyo modelo se tomó de una que sirvió en las bodas reales de S. M. la Reina doña Isabel II, hecha por una sastra de los toreros, que llamaban La Regina.

Los demás detalles los daremos en el resúmen general al terminar la corrida extraordinaria.

TERCERA CORRIDA EXTRAORDINARIA.

Madrid 28 de Enero de 1878.

Con la tregua de un dia, como observarán mis lectores, sin duda para dar algun descanso á la mayoría del personal que ha trabajado en las

corridas anteriores, anunciaron los periódicos esta funcion extraordinaria, y luego se repartieron con bastante profusion los cartelillos en esta forma:

«Plaza de toros de Madrid. En la tarde del lunes 28 de Enero de 1878, se verificará (si el tiempo no lo impide), una corrida de toros extraordinaria costeada por el Excmo. Ayuntamiento constitucional de esta M. H. Villa, en obsequio del pueblo y de la guarnicion de Madrid con motivo del fausto enlace de S. M. el Rey (q. D. g.)

Presidirá la plaza la autoridad competente.

Se lidiarán trece toros de las ganaderías y con las divisas siguientes:

El 1.º del Excmo. Sr. Marqués del Saltillo, (antes de Lesaca); el 2.º de D. Manuel García Puente Lopez (antes de Aleas); el 3.º de D. Félix Gomez; el 4.º de D. Antonio Miura; el 5.º de don Julio Laffite, procedente de Hidalgo Barquero; el 6.º de D. Cárlos Lopez Navarro; el 7.º de don José Antonio Adalid; el 8.º del Sr. Marqués de Villabilvestre (nuevo en esta plaza); el 9.º de don Félix Gomez; el 10 de D. Antonio Miura; el 11 del Sr. Marqués de Villabilvestre; el 12 de D. José Antonio Adalid; el 13 de D. Cárlos Lopez Navarro.

LIDIADORES.

PICADORES.—A los cuatro primeros toros.—**Francisco Calderon, Juan Antonio Mondéjar** *(Juanico)* y **Juan Trigo**.—Idem á los cuatro segun-

dos.—Domingo Granda *(el Francés)*, José Gomez *(Canales)* y Matías Uceta *(Colita)*.—Id. á los cinco últimos.—Francisco Gutierrez *(Chuchi)*, Manuel Gutierrez *(Melones)* y Antonio Suarez *(el Rubio)*.

Habrá además tres reservas de picadores y si hubiese necesidad se suplirán los de una tanda con la otra.

ESPADAS.—Angel Lopez Regatero, Francisco Arjona y Reyes *(Currito)*, Salvador Sanchez *(Frascuelo)*, José Sanchez del Campo *(Cara-ancha)* y Angel Pastor.

SOBRESALIENTE DE ESPADAS.—Valentin Martin, que matará el último toro.

La entrada se verificará por medio de billetes que se repartirán entre las clases, en cuyo obsequio se hace la funcion.

Se observarán todas las prevenciones que la autoridad tiene dispuestas para las corridas ordinarias de toros.

La hora que anunciaban los cartelillos eran á las doce en punto, y como es consiguiente, desde las diez de la mañana por todas direcciones se veian formados en columna de á cuatro en fondo, una gran parte de las fuerzas del ejército que se encontraban en Madrid dirigirse en correcta formacion por cuerpos y sin armas al circo taurino.

La infantería, con sus músicas, y las armas especiales con las suyas, formaban tan singular contraste, que todos preveíamos el panorama que debia presentar aquel anchuroso recinto,

despues de ocupado por tanta diversidad de colores, desde la popular barrera hasta el aristocrático palco y andanadas.

Tres tendidos completos y algunos asientos de palcos y gradas eran ocupados por los paisanos, y el resto por las tropas: razon por la que despues de cubiertos los asientos parecia la plaza tapizada de flores encarnadas, verdes, amarillas y blancas. Las músicas, mientras la fiesta no comenzaba, indistintamente tocaban á su capricho, y de aquí la ilusion completa del popular festejo.

El agudo clarin y el redoble de los timbales hicieron la señal de que el Excmo. Sr. Marqués de Torneros, presidente del Ayuntamiento Constitucional, habia llegado y se disponia á ejercer su doble autoridad en la presidencia de la plaza. Honor que nos hacia el representante del pueblo á los convidados.

Las cuadrillas de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, salieron al *redondel* á saludar al presidente y cambiar los capotes del paseo por los de la *brega*.

Los picadores de la primera tanda fueron, Paco Calderon, Juaneca y Trigo, como si digéramos, *tres barbianes*.

Todo en completo órden, menos las músicas, que cada una tocaba lo que le parecia oportuno, agitó el pañolillo blanco el presidente y salió el toro primero, y las músicas cesaron por el momento.

Del Sr. Marqués del Saltillo pareció ser el bicho por los colores de la divisa celeste y blanca. Negra su piel, cornigacha la cuerna, hondo, con muchas piernas y abanto. Se mostró en toda la suerte de varas receloso á los caballos, si bien para los chulillos codicioso por apoderarse del bulto. De las ocho varas que le señalaron los tres piqueros á *Cuerto*, que así digeron llamarse el toro, no recibió ni una en suerte, pues fueron de paso, y escociéndose del castigo. Por esta atendible razon se ordenó que le pusieran banderillas los chicos Manolin y *Joselito*. El primero de estos puso en el buen sitio al bicho dos pares cuarteando, bien, que resultaron al sacar los brazos de preciosas flores. El segundo colocó uno, tambien al cuarteo, que en nada desmereció del de su compañero, pero salió en falso dos veces.

Si receloso y en defensa estuvo en esta segunda suerte, no lo fué menos en la de la muerte que humillaba mucho desafiando.

El Regatero, á quien por su turno correspondia matar, se olvidó de uno de los preceptos que recomienda Francisco Montes en su arte de torear á los espadas, que dice:

«Para el buen lidiador de toros no hay suerte difícil que no pueda hacer, si ha comprendido bien la querencia que tiene, y las facultades de la rés para burlarlas con sus conocimientos, y si no lo hace, es, ó porque no quiere arrimarse ó esquiva el bulto.»

Yo no afirmaré lo que dice Montes, de Angel,

pero si que estuvo descompuesto con la muleta, y peor arrancando, porque lo hacia siempre á paso de banderilla y volviendo la cara, sin dejarse caer por derecho para matar. Por fin, de mala manera, salió del apuro: despues de diez y ocho muletazos señaló cuatro cortas bajas, con honores de pinchazos, y dos intentos á descabellar. ¡Séale leve la mano del matarife, ya que tan pesada le fué la del que habia perdido los *papeles*.

El segundo perteneció á la ganadería de don Manuel García Puente Lopez (antes de Aleas), con divisa encarnada y caña: su nombre *Chinito*, sin salir garantes de su apodo. Su pelo retinto castaño, carinegro, corni-paso y de buen trapío. Al pisar el anillo pareció ser algo abanto, pero se trasformó luego en bravo y de cabeza, recibiendo en el morrillo siete rejonazos de los picadores de tanda, por cinco caidas de *órdago* y un solo caballo muerto en tan rudas acometidas.

Tocaron á banderillas, visto que el toro se aplomaba y que los *chicos* de á pié iban convirtiendo el circo en una zaragata con tantos capotazos, dejándoselos en el suelo unas veces, y otras á los toros en la cabeza. Se presentaron para esta faena los peones. Julian, que bordó dos pares de rehiletes en el cerbiguillo del toro, cuarteando, bien, y Paco Sanchez uno en la misma forma. Despues del primer par saltó al callejon por el 3, y se hizo de sentido, queriendo cojer.

Tocaron á matar y se presentó á brindar la

suerte al señor presidente, Arjona Reyes, con traje azul celeste, con adornos de oro. Hecha la cortesía del saludo á la autoridad, se fué Currito á los tableros, donde el bicho estaba á la defensiva. El matador, para que tomara el engaño, tuvo que provocarle, y entonces acudió codicioso quince veces al natural, pero sin abandonar la querencia. A esta faena con la muleta, por cierto muy lucida, siguió un pinchazo arrancando y dos estocadas á volapié, en su sitio, que fué bastante para que se echara, y Pulga, el puntillero, le remataru á la segunda vez. El público le batió las palmas, y todas las charangas y músicas de los regimientos rompieron á tocar mientras el arrastre del toro y un caballo que murió en la pelea.

El tercero fué de D. Félix Gomez, de Colmenar, con divisa azul turquí y blanca, su apodo *Confitero*, retinto albardao, bien puesto y de bastantes libras. En el momento que se encaró con Paco Calderon, le señaló un pinchazo de paso, y el otro sin *perder tierra*, pero le mató el dromedario que montaba. Luego pasó á la garrocha de Juaneca y le hizo sangre tres veces, en cambio de un costalazo y la muerte del escuálido *rucio* que le sostenia. Trigo, con ese potente brazo que tiene, que hace humillar á los toros cuando toma carne, pegó en dos ocasiones, en las cuales descendió de cabeza al santo suelo, con esposicion y perdiendo el *arre*. El primer reserva puso otra vara, y despues de caer en tierra, sin consecuen-

cias, y muerto el caballo, se quedó dormido el toro sobre su víctima, que no abandonó sino porque le colearon y empujaron los chicos hasta que se desprendió ó le pareció acudir á la gente que le molestaba. Visto despues que se defendia receloso á la vara, le pusieron tres excelentes pares de banderillas, cuarteando y ceñidos, los peones Pablo y Armilla. Salvador, que vestia traje color de lila con adornos negros, y despues de saludar al presidente, marchó al terreno para habérselas con un toro ladron que no acudia al engaño y se habia reservado las piernas. Despues de veintiun pases naturales en que se colaba para buscar el bulto, le dió un pinchazo sin soltar, á volapié, dando en las tablas y tomando hueso. Una corta quedándose el toro y tapándose. En dos arrancadas del matador se huyó el bicho, y por último, despues de cinco intentos á matar, en que el marrajon salió huyendo sin que bastara el haber variado el color de la muleta, pudo, librando la cabezada para taparse y desarmar, darle tres pinchazos más, un intento á descabellar y una media estocada, de la que se echó. Como dejamos dicho, la faena fué laboriosa, espuesta y deslucida. Aunque estuvo desgraciado se retiró al estribo con los acordes de las músicas.

Salga el toro, salga el toro, dice la aguda clarina. Efectivamente, que ya le tenemos pidiendo guerra en los medios de la plaza, al cuarto de la tarde.

Su nombre *Lucerito*, negro meano y con la señal del nombre en la frente: corni-corto de cuerna y bizco del derecho. Se presentó bravucon, con muchos piés y llegando con los capotes hasta las mismas tablas con codicia. *Cara-ancha* le salió al encuentro en la arrancada y le dió un cambio poniendo una rodilla en tierra. Concluyó la suerte con serenidad y lucimiento. Parada la rés en el terreno de afuera, se le acercaron por su órden de alternativa los de la espuela y vara larga, y hubo la pendencia siguiente entre el cornúpeto, los tres caballeros y dos más que salieron á poner paz, que por más señas tambien los deslomó el torito de Miura, que lucia divisa verde y negra.

Diez fueron los puyazos que dieron al enemigo: seis los costalazos contra el suelo: cuatro los sustos que recibió el contratista de caballos por la prematura muerte de los mejores que tenia en la caballeriza. ¡Varas tambien se rompieron dos por el ímpetu que traia en las arrancadas; por manera, que el torito salió pegando, continuó duro de cabeza y recargando.

El redoble de los timbales y el clarin dieron por terminado el primer tercio de pelea, y que comenzára el segundo que le aplomaria, para que el matador diera cuenta de su vida.

Barbi salió en primer lugar y le puso dos pares de zarcillos, cuarteando, que resultaron ser de las chinescas, bien los unos, y medianos los otros. Campos, el hermano de «Cara-ancha», des-

pues de salir en falso una vez, le puso tres rehiletes con flores y plumas. José Campos (Carancha), que vestia traje morado y oro, despues de veinticuatro pases naturales y tres de pecho, administró al de Miura un pinchazo á volapié, y tres cortas arrancando de las que se echó, y el puntillero hizo lo demás.

En este momento las músicas de todos los regimientos anunciaron la llegada de SS. MM. y AA., que sin duda con su presencia dieron mayor animacion á tan augusto palenque.

Prévia la vénia del Sr. Presidente á S. M. el Rey, se hizo la señal para que continuara la fiesta.

Al quinto bicho del Sr. D. Julio Laffite, vecino de Sevilla, con divisa negra y blanca, tenemos recorriendo la arena sin hacer por los bultos. Dicen que trajo por nombre el torito *Pardon*. Su pelo negro como la endrina y liston, bien puesto, excelente trapío y hondo. Fué para la vara seco, duro y de cabeza. Tomó de los picadores que salieron en sustitucion de los anteriores, «Francés», «Canales» y «Uceta», ocho garrochazos buenos de castigo, en cambio de cuatro caidas y dos jacos muertos para hormillas. Ojitos y Ojeda, despues de hecha la señal para los rehiletes, salieron á parear del modo siguiente: uno y medio el primero, cuarteando, bien, y uno el segundo lo mismo. Angel Pastor, que ceñia traje color de café con adornos negros, saludó á la presidencia para matar y quedar como bueno.

Despues de pasar al bicho diez y seis veces al natural y tres cambiándose, ceñido y en corto terreno, le dió una excelente estocada en todo lo alto, que salió el bicho de la suerte para tirarse á tierra y caer á sus piés como herido con fulminante. Los aplausos fueron unánimes y merecidos. Este matador, cuando salió el bicho del chiquero, le pasó de capa con cuatro verónicas y tres de frente por detrás.

Hubo quince minutos de descanso, ó sea tregua, para que una parte de los soldados que habian disfrutado de la vista de cinco toros, se retirasen de los tendidos, para que los ocupasen otros que debian estar en las galerías con el mayor órden esperando que les llegase su turno. Las bandas de música de los cuerpos estuvieron tocando aires nacionales mientras se hacia el relevo.

El sexto bicho salió del calabozo como una exhalacion, y tomando los medios del redondel, sin saber á donde acudir, al ver á los *chulos* con el pié puesto en el estribo de la *valla* se fué á ellos; y estos, por temor de ser alcanzados en su viaje, no salieron á su encuentro.

Este toro pertenecia á la vacada de D. Cárlos Lopez Navarro, de Colmenar Viejo, con divisa encarnada y amarilla; su pelo retinto colorado, ojo de perdiz, corni-alto, pero bien puesto. Su pujanza infundia poco respeto despues de que se paró y le arrimaron las lancetas los tros de tunda, y Badila de reserva. Recibió, no obstante, con vo-

luntad, siete pinchazos por dos caidas y un caballo muy mal herido, que sacaron los asistencias de plaza.

El torete, en banderillas, tomó los medios y acudió á los cites de los chicos «Joselito» y «Culebra», los cuales le hicieron saltar y brincar del efecto que le causaron el par y medio de *saetillas* que le clavó el primero llegando hasta la cara del toro, y uno el segundo cuarteando en corto. Cuando tocaron á matar el torete, pues que no podia dársele otro nombre por la edad y libras, se fué á los tercios buscando la querencia del piso más húmedo de la plaza, para defenderse del enemigo, atendido á las pocas facultades que tenia en las piernas.

Tenemos en campaña con la rodilla y el asador á Regatero que, con más fortuna que en su anterior, cumplió con ménos dificultades y más acierto. En la primera faena con el bicho empleó seis pases naturales y un pinchazo al paso de banderilla, y con la *bandera desplegada que debió recojer antes de arrancar*, pues así lo previenen las reglas cuando se trata de una *babosa* como la que tenia delante. Volvió á tomar al toro con el trapo tres veces: y como quiera que paró algo más os piés, *embozando* el trapo y cerrándose más corto y derecho, de aquí que la estocada fuera aceptable, pero volviendo la cara. El bicho entregó su cabeza al puntillero. Sus amigos le aplaudieron.

Del Sr. Adalid fué el sétimo de la corrida, con

divisa encarnada, blanca y caña. Negro meano, bien puesto, mejor trapío y de bastantes carniceras. Salió del chiquero como un rayo y se paró pronto para no dejar hueso sano á los picadores y al contratista de caballos en muy mal estado... sus intereses.

El Francés rodó una vez con pérdida de la jaca en los dos garrochazos que puso. Canales, con ménos suerte, descendió en las dos varas que le arrimó al toro, y cayendo dos potros muertos. Uceta pinchó en tres ocasiones; cayó otras tantas y dos caballos inmolados al furor del bravo toro que en cada acometida dejaba rastros de su implacable saña por matar. Como es de presumir, tuvieron que salir á la continuacion de la batalla otros picadores mientras los demás se fueron á montar nuevamente. Un jovencito que le llaman Badila, que si no detiene con la vara, porque no tiene lo indispensable, que es fuerza para castigar y resistir, se viste bien y se tiene á caballo regular, tambien dió su picotazo; pero cayó de cabeza al suelo, y se fué á la caballeriza pié á tierra para montarse en otra potranca por muerte de la en que iba caballero. El señor presidente, teniendo en cuenta el castigo que habian dado al toro y lo que este hacia para defenderse de los hombres de á caballo, dispuso acertadamente que cesara la pelea con la garrocha y empezase la de los *rehiletes* para evitar que tan bravo y noble bicho lo encontrasen los *chicos* completamente *parado*, para hacer suerte lucida y en

la de la muerte estuviera aplomado, que es lo que corresponde á la buena lidia.

Regaterin y Julian salieron á habérselas con el de Adalid, que tan duro se mostró en varas sin volver la cara nunca. Dos pares cuarteando ceñidos prendió el primero, é igual suma el segundo, en la misma forma: fueron aplaudidos porque llegaron con frescura hasta la cabeza y salieron cuarteando con lucimiento.

Arjona Reyes, despues de pasar al toro diez y seis veces al natural, en corto y ciñéndose, señaló una estocada tomando hueso en el sitio de la muerte. Trasteado segunda vez y prévios dos naturales y un desarme, le dió una estocada á volapié hasta la cruz, que si bien resultó un poquito baja, se vió perfectamente que el toro, receloso del pinchazo anterior, se vació del centro de la suerte por el terreno de afuera. Esto, no obstante, fué obsequiado el matador con aplausos y cigarros, pues que con la muleta estuvo parado y cambiando ceñido los terrenos.

Concluida la muerte de este toro, salieron de la plaza SS. MM. y continuó la corrida.

A no ser una fiesta tan principal la que reseñamos, se debiera prescindir del toro octavo que ha salido al palenque para dar un disgusto á los circunstantes, aunque pasajero; pero una calentura al señor marqués de Villabilvestre, vecino de Sevilla, y con la distincion torera, para que no se confunda con las demás, blanca, como la sangre del bicho.

No quiero ser injusto con su señoría el ganadero: hé aquí el trapío del torete, que no era otra cosa en su lámina. Retinto colorado, bien puesto, regular en libras y se presentó bravucon y con piés para los chicos; pero al encontrarse con Uceta de paso y sentirse pinchado para despegársele de encima, se huyó completamente de los de á caballo y fué preciso tocar á banderillas de fuego, porque el bicho lloraba por largarse á decirle á su amo lo que querian hacer con él. Ya no era tiempo; estaba decretada la sentencia de ser quemado el morrillo por cobardon, y luego morir á manos de un adiestrado campeon.

Con bastante disgusto soportó el de Villabilvestre siete afilados rehiletes al cuarteo por los intrépidos Valentin Martin y el veterano Pablo, achicharrándole los *rubios*, que fué donde los chicos se las pusieron.

El pobrecito animal, cuando Salvador salió á matarle, intentó salvar la barrera, pero ni aun tuvo fuerzas para ello, y esperó su último fin amparándose en las tablas. No le hizo padecer Salvador, puesto que despues de siete pases al natural y uno cambiado, le dió una excelente estocada á un tiempo, hasta la mano. El matador fué aplaudido por toda la concurrencia. El ganadero, al menos, puede tener el consuelo que la forma de la muerte de su toro, ha sido lucidísima y breve.

¡Buen bicho! al parecer tenemos en el *ruedo* el noveno de la tarde. Negro lomi-pardo, algo cor-

ni-abierto y con coraje en cuanto vió que las puertas estaban cerradas. Recibió de los tres de tanda seis puyazos de poco castigo, demostrando sentirse del hierro, por lo que pasó á banderillas sin tocar á un pelo á los caballos. Los tres picadores que tenemos en plaza son el *Chuchi*, *Melones* y el *Rubio*.

Campos puso un par cuarteando, bien, pero su compañero el *Barbi* pasó las *moras* haciendo SEIS SALIDAS FALSAS para dejarle un par en el morrillo y otro en el suelo. El toro, en obsequio al muchacho, se quedaba, derrotaba para taparse y se marchaba del terreno.

José Campos *(Cara-ancha)*, encontró al bicho receloso y en la querencia de la tierra movediza y con facultades.

Esto, no obstante, se arrimó con frescura al enemigo, pasándole veintiocho veces al natural, no sin colarse el *juró* para cojer, pero le remató de tres cortas y una á volapié, buena, que le obligó á entregar su descompuesta cabeza en toda la brega, al cachetero *Jorro*.

El décimo bicho que salió al redondel, pertenecía á la ganadería del Sr. Miura. Negro meano, bien puesto y veleto, de muchos piés, gran romana, y salió derribando á un picador del encontronazo que sufrió en la arrancada. Empezó á desafiar, y cuando tomó tres varas, de las que resultaron dos porrazos con igual cifra de caballos muertos, tocaron á banderillas, y se las colocaron, Ojeda dos pares y otras dos *Ojitos*, lo me-

jor que pudieron, porque el torito estaba consentido con el poco castigo en varas. Angel Pastor tuvo que darle veinticuatro muletazos para quebrarle algo las piernas, y más tarde, sin querer salir el toro de la querencia de la tierra húmeda y movediza, le dió, entre pinchazos y estocadas, ocho. El toro, ladron, se defendia y buscaba el bulto á la desesperada.

Dispénsenos su señoría, Sr. Marqués de Villabilvestre; pero su segundo bicho, undécimo de la funcion, no merece los honores de la crítica, porque ha sido tan malo, que solo ha tomado, por casualidad, una vara de frente y dos de paso, saltando despues al callejon tres veces, completamente huido. Debieron haberle colgado los chicos *Culebra*, *Manolin* y *Joselito*, rehiletes de fuego en vez de los ocho que le colgaron, que fueron naturales. Si bien es cierto que el toro, á la hora de la muerte, estaba receloso por el mal castigo en varas, á que no se prestó por su cobardía, no por ello disculpamos al *Regatero*, á quien correspondia matar. No estamos en el caso tampoco de darle lecciones, pues que demas sabia él lo que queria el bicho, y debió practicar á todo trance, antes de pasar por la vergüenza de dejársele vivo, y que los cabestros se le llevasen al corral.

Pasándole con la rodilla á diez *kilómetros*, y pinchando á paso de banderilla en el pescuezo, con intérvalos bastantes para despachar una vacada, no era posible sino lo que con tanto acierto

mandó la presidencia. ¡Que se retire el que no sabe cumplir! Al toro *Cigüeño*, que así se llamaba, le condujeron los cabestros al corral. El público se encargó del resto...

Por fin hemos llegado á la docena con un toro del Sr. D. José Antonio Adalid, vecino de Sevilla, y luciendo nada menos en el morrillo la distincion torera con los colores encarnado, blanco y caña. No merece, como el anterior, que nos detengamos en hacer su historia. Baste saber que fué blando, como la manteca, para la vara, y huido casi siempre en las demás suertes. A fuerza de acosarle los piqueros recibió dos picotazos en conato á suerte, y dos queriéndose largar, puesto que saltó al callejon cuantas veces lo intentó.

Entre Sanchez y *Recaterin* le adornaron al bicho el cuello con par y medio de rehiletes, muy mal, despues de salir en falso, y uno el segundo cuarteando, regular. Arjona Reyes, comprendiendo la calidad del *mosquito* que tenia delante, le despachó despues de seis pases naturales, de tres medias estocadas cuarteándose al paso de banderilla, é hizo perfectamente.

Cerró la plaza el que hacia el número trece de los toros anunciados. Pertenecia á D. Cárlos Lopez Navarro, de Colmenar, regular trapío, negro, corni-corto y de pocas libras.

Saltó á la barrera y fué algo abanto hasta que le hicieron sangre los de á caballo. Cuando salió del chiquero sacó una gorra de un em-

pleado de la plaza, enganchada en un piton: no sabemos si se la quitaria el toro ó algun *chusco* se la puso al pasar por el callejon.

Parado en los tercios, y creciéndose al palo, tomó con voluntad diez varas de cinco picadores y dieron tres costalazos, de los cuales, «Melones» y «el Rubio» pasaron á la enfermería, pero sin gravedad. Murió en la refriega un jaco de primera, restos de lo poco que ha quedado en la caballeriza.

Armilla y «el Jaro» pusieron á la rés tres pares de banderillas, cuarteando, bien, y prévia la vénia del Sr. Presidente, le brindó el toro Valentin Martin, que como sobresaliente se le concedió esta gracia.

Con todas las hechuras de un diestro consumado, y vestido de seda, color morado con adornos negros, atravesó el ruedo el muchacho en busca del toro que se hallaba en las tablas. En el momento que desplegó la bandera, que cuidó mucho en conservarla recogida hasta la jurisdiccion conveniente para que acudiera al engaño, le pasó al natural ceñido ocho veces. Seguidamente que se encontró frente á frente de la fiera, y que esta estaba en su rectitud, perfectamente igualada, lió con oportunidad para el volapié, resultando una excelente estocada en todo lo alto que no hizo el toro más que, al rematar la suerte, caer á sus piés, retirándose despues con aplauso de todos los que vieron la destreza del matador en flor, con lo cual terminó la corrida.

RESÚMEN.

La presidencia acertada. De los toros han sobresalido, uno de Miura y respectivamente los de Adalid, Gomez, Navarro, Puente Lopez y Laffite. Los del Sr. Marqués de Villabilvestre, nuevos en esta plaza, han brillado por lo blandos y cobardones, habiendo sufrido uno de los dos lidiados, banderillas de fuego.

De los espadas el Regatero mal en su primero, regular en el segundo y SE DEJÓ VIVO EL TERCERO. Pero en cambio figuraba á la cabeza de los matadores.

Reyes, regular en su primero, con valor en el segundo y bien en el tercero.

Salvador desgraciado en su primero y bueno en el segundo.

«Cara-ancha» en su primero mal, y en su segundo desconfiado.

Angel Pastor, aunque abusó de la muleta en su primero, le remató á un tiempo y buena: en su segundo desgraciado.

El sobresaliente, Valentin Martin, en el toro que cerró la plaza, inmejorable.

Los picadores en general bien; pero los que más han castigado á los cuatro toros primeros, fueron Trigo y «Juaneca». A los cuatro segundos, Canales, el Francés y Uceta. A los cinco terceros, el Chuchi, Melones y los de tanda, que no se descuidaron con el palo, como igualmente los

reservas que ninguno se fué de *rositas*. (Entiéndase que trabajaron.)

De los peones de lidia, en la brega, todos han estado oportunos; en banderillas los más afortunados han sido Pablo, Armilla, Manolín, Julian, Joseito, Ojedita y Recaterin. Los puntilleros, en sus funciones, acertados. Albarran *(el Buñolero)* que daba soltura á los prisioneros con cuernos, puntual siempre con el cerrojo en la mano.

El servicio de plaza y caballos oportuno y esmerado.

No cerraremos este resúmen sin tributar un voto de gracias á nombre de las clases del ejército y de las del pueblo, á los Sres. Lozano y Martinez Brau, de la comision del espectáculo.

Increible parece que en tan poco tiempo se hayan organizado dos corridas reales de toros, y una extraordinaria, donde se ha procurado que asistan en clase de lidiadores, desde los más antiguos, hasta los más modernos; como tambien pasar circulares á todos los ganaderos de reses bravas de España, para que el que quisiera remitiera sus toros.

El que no ha acudido á la invitacion de la comision, habrá sido porque no haya convenido á sus intereses; por lo demás, escritos están los nombres de los que han figurado, tanto de ganaderos, como de toreros; y si no fuera por ser ajeno de este lugar, apuntaríamos los de los que no aparecen y las contestaciones el por qué no han figurado en las fiestas reales de toros.

Parece imposible que en un espectáculo tan popular hayan acudido próximamente cincuenta mil almas, en los tres dias, con sus billetes marcando sus localidades, y que no haya habido uno falso, ni menos que la autoridad haya tenido que intervenir por falta de prevision en los señores de la comision.

Esta sensatez habla muy alto respecto á la fiesta española, y cuanto pudiéramos decir sobre ella; escrito está por insignes publicistas y extractado en la primera parte de nuestra Reseña Histórica que trata de las corridas de toros.

RESÚMEN PARCIAL DE LAS TRES CORRIDAS.

Primera de Córte.

TOROS PARA REJONCILLO.

Al primer toro, de D. Pablo Valdés, rejonearon los Sres. Arenal y Lafuente, rompiendo dos el primero, bien, y tres el segundo; matándole despues Hermosilla de cuatro estocadas, prévios tres pases con la muleta.

En el segundo bicho, del duque de Veragua, los mismos caballeros quebraron rejones á caballo levantado, el primero dos y tres Lafuente, con sobrado valor y agilidad; pero sacando herido el caballo que montaba. A este toro le dió muerte Salvador, despues de ocho pases naturales y un cambio, de una estocada recibiendo.

Al tercero, del Sr. Hernandez, le rejonearon los Sres. Morales y Floranes, clavando dos el primero y uno el segundo, y matando al toro Angel Pastor, de nueve pases y dos estocadas arrancando, por lo que fué aplaudido.

El cuarto, del Sr. Lafitte, los mismos caballeros le rejonearon, excepto el Sr. Morales, que no pudo conseguirlo en las veces que lo intentó, mientras su compañero el Sr. Floranes señaló y rompió tres rejones, consiguiendo en uno de ellos matar al toro, por lo que fué victoreado y aplaudido.

TOROS PARA VARAS.

El primero, del Sr. Hernandez, recibió seis varas, dió tres caidas y mató dos jacos.

El segundo, del señor marqués del Saltillo, dió cinco caidas á los picadores, mató dos caballos y recibió 13 varas.

El tercero y último que se corrió en esta funcion fué del Sr. Puente Lopez (Alcas) tomó cuatro varas y dió tres caidas.

Julian Casas al primero que le correspondia matar, despues de cinco pases y varios pinchazos, cayendo al suelo en dos ocasiones de los encontronazos. La autoridad mandó retirar al matador y que el bicho pasara al corral.

Cayetano, que debia matar el segundo se retiró á la enfermería por haberse lastimado un pié capeándole, por lo que, saliendo en sustitucion

Manuel Arjona Guillen, quien despues de tres pases, dos pinchazos y dos medias estocadas á la media vuelta, terminó su compromiso.

El Regatero dió fin á la fiesta despachando al tercero con nueve pases y dos estocadas.

Segunda de Villa.

TOROS PARA REJONCILLO.

Al primer bicho, del Sr. Valdés, rejonearon los Sres. Laguardia y Larroca, quebrando cinco rejones el primero y cuatro el segundo.

Francisco Sanchez, el hermano de Frascuelo, mató al toro de nueve pases naturales y tres estocadas.

Cuando salió el segundo, del señor duque de Veragua, se retiró el Sr. Laguardia y salió don Federico Gonzalez que, alternando con el señor Larroca, puso al toro cinco rejones á la portuguesa: pero el caballo que montaba cayó muerto de una cornada y el ginete se salvó tomando el olivo con el auxilio de los padrinos de campo. El Sr. Larroca, no ménos valeroso que su compañero, alternando en la suerte, quebró dos lancillas á caballo levantado, cuarteándose al llegar á la cabeza de la fiera. Salvador Sanchez (Frascuelo), despues de cinco pases naturales en corto y ceñidos, se le entregó al puntillero con una buena estocada arrancándole.

El tercero pertenecia al Sr. Hernandez y le

rejoneó solo en plaza el Sr. Laguardia, el cual, despues de clavar y romper el segundo rejon, fué alcanzado por el toro, cayendo al suelo caballo y ginete, de lo que resultó ser conducido á la enfermería el citado Laguardia y muerto el caballo. El Sr. Gonzalez salió para ocupar su puesto y no tuvo ocasion porque hicieron la señal los clarines para matar, y se presentó el espada Angel Pastor, el cual, despues de nueve pases al natural remató á la rés de dos estocadas arrancando, regular la primera y buena la segunda.

El cuarto, del Sr. Laffitte, recibió del Sr. Larroca un rejonazo é intentó dos, y su compañero Gonzalez uno, pero fué el suficiente para matar al toro echándose enseguida para morir.

TOROS PARA VARAS.

El 1.º, del Sr. Duque de Veragua, recibió cinco varas y dió una caida.

El 2.º, del Saltillo, tomó diez puyazos, dió siete descensos á los picadores y mató dos jacos.

El 3.º, de Puente Lopez, recibió ocho pinchazos, dió dos tumbos y despenó tres *alimañas*.

El 4.º, del Sr. D. Félix Gomez, mató tres caballos, dió dos porrazos y le rompieron con la vara el pellejo cuatro veces.

El 5.º, de Miura, recibió once garrochazos, por tres caidas y dos caballos muertos.

El 6.º y último, de D. Julio Laffitte, recibió

once puyazos, dió seis batacazos á los de espuela y mató ocho caballos.

TERCERA CORRIDA EXTRAORDINARIA.

Los trece toros lidiados por los diestros ya mencionados han dado el juego siguiente:

Varas que han recibido, 82; caidas á los picadores, 34; caballos muertos, 23; pares de banderillas, 38; medios, 4: pases de muleta, 220; estocadas y pinchazos, 42.

RESÚMEN GENERAL.

En las tres corridas se lidiaron treinta toros en la forma siguiente:

En la primera, siete; en la segunda, diez, y en la tercera, trece.

Los ocho toros para la suerte del rejoncillo, en las dos corridas reales, recibieron treinta y seis y mataron tres caballos de los que montaban los caballeros en plaza.

Los nueve toros para la suerte de varas, en las citadas dos corridas, sufrieron el castigo de 72 puyazos, por 32 caidas á los picadores y 21 caballos muertos.

Por manera que los 22 toros lidiados en la forma ordinaria, han recibido 154 varas; 66 caidas á los picadores; 44 caballos muertos; 65 pares de banderillas y 6 medios; 280 pases de muleta; 62

estocadas y pinchazos: 2 descordos y 5 intentos á descabellos.

El número de las alabardas inutilizadas, en las dos corridas, fueron DIEZ Y NUEVE. Los nombres de los guardias que resistieron las embestidas de los toros son:

D. Nicomedes Polo, D. Antonio Gonzalez, don Abdon Cibera Pons, D. Gabino Bernal, D. Marcial Fernandez, D. Francisco Fernandez del Amo (contuso), D. Pedro Fraile Fernandez, D. José Blanco, D. Ramon Silverio, D. Antonio Estala Rua, D. Antonio Morilla, D. Angel Aparicio, don Manuel Rodriguez, D. Leon Herranz, D. Manuel Penche Galindo, D. Pedro Cardero, D. Ramiro Gromaz Perez, D. Daniel Barcina de la Fuente y D. Enrique Pelaz de la Madrid.

La cabeza del toro *Milagroso* que acometió á los alabarderos en la segunda corrida, despues de disecada, se halla colocada en la sala de armas del cuartel de alabarderos, formando el centro de un escudo taurino ingeniosamente combinado con diez y siete alabardas de las inutilizadas á los guardias en la resistencia que hicieron á las embestidas de los toros. Tres rejoncillos iguales á los que usaron los caballeros en plaza, que apadrinaron la grandeza, la Diputacion Provincial y el Excmo. Ayuntamiento, figuran á si mismo.

La divisa encarnada y caña, distincion de la ganadería del Sr. García Puente Lopez, se halla en forma de piña con las caidas de raso del mismo color, y colocada en el primer término del citado escudo.

Sobre unas cintas, figuradas, de media tercia de anchas, que descienden por ámbos lados del cuello de la cabeza del toro, se lee su historia desde que salió por la puerta del chiquero hasta que le arrastraron.

El pequeño retrato del trapío del toro *Milagroso*, al óleo, en el último término concluye de armonizar aquel caprichoso conjunto de recuerdos históricos, cuyo diseño le dibujó D. Ignacio Omurria, y construido por el armero del cuerpo D. José Moreno.

Merece la descripcion la llave del toril que se estrenó en la primera corrida. Dicha llave es dorada á fuego, y en su tamaño, de 13 centímetros de larga, se deja ver en su parte superior atributos taurómacos, compuestos por las cabezas de un toro y un caballo, un sombrero de picador, un estoque, un par de banderillas, la media luna y los clarines, cerrando esta composicion una cinta en que se leen los nombres de los diestros Romero, *Costillares*, *Pepe-Hillo*, Guillen, Leon, Miranda, Montes, *Cúchares*, *Chiclanero*, Cayetano y Julian Casas.

El cañon lo forman varias puyas coronadas de laurel y rodeadas de una banda con la siguiente inscripcion grabada: «A la Excma. Diputacion Provincial de Madrid. Lúcas Saenz, 23 de Enero de 1876.»

Acompaña á la llave un lazo-moña de cintas de los colores nacionales y otra pequeña dedicatoria.

NOTA.

—

Terminadas á su debido tiempo estas revistas, únicamente por cuestion de dignidad me he permitido, despues del tiempo trascurrido, publicarlas.

Tengo la íntima conviccion de que adolecen de muchos defectos; empero si me fuera dado decir las dificultades que he tenido que vencer hasta adquirir los datos que me han servido para terminar con alguna exactitud este trabajo, no obstante de haber sido nombrado oficialmente por la comision del Excmo. Ayuntamiento, cronista de las fiestas reales de toros, mis lectores las apreciarian en lo que valen, y su benevolencia, que siempre es proverbial, me serviria de honroso escudo contra la maledicencia de los que todo lo hallan malo.

Prefiero, pues, someter mi nombre á la censura pública, antes que lastimar con una sola frase á determinadas personas que sin duda interpretaron mi silencio equivocadamente, pero en menoscabo del carácter oficial que revestia mi nombramiento.

UN RECUERDO.

Un gran acontecimiento que forma época en la vida de un pueblo: el enlace del Rey de España D. Alfonso XII con una esclarecida princesa española, ha dado vida á las páginas antecedentes. Modesto narrador de la fiesta popular, yo participé de la general alegría, compartí la esperanza de la inmensa mayoría de los españoles, y con viva satisfaccion preconcebí el pensamiento de describir tan bien y tan detalladamente como mis conocimientos me lo permitieran, una parte de los festejos destinados á celebrar el fausto suceso. He cumplido mi propósito. Esta tarea tan alegremente comenzada, debe, no obstante, terminarse con un recuerdo doloroso, probando una vez lo efímero y deleznable de las humanas esperanzas.

Cuando, hace muy poco tiempo, todos los corazones y todas las clases de la sociedad se confundian en el general regocijo, cuando todos veiamos en el palco régio de la plaza de toros, á la augusta desposada radiante de galas, de juventud y de hermosura ¿quién pudiera imaginar que aquellas galas debian trocarse en fúnebres crespones y que la sombra de la muerte habia de extinguir para siempre aquella estrella que resplandecia en el cielo de la pátria española?

¡Altos juicios de Dios!